



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcon, Arce. Sra. Avellaneda. Sres. Asquerino, Aunon (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.) Araquistain, Anchorena, Albus, Ardanz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcon, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de), Becerra, Benavides, Bonn, Borao, Borrero, Borno, Bromon, Brion de los Herreros (Manuel), Blasco, Burall, Bu rago, Calco Asensio (D. Pedro), Campomor, Camús, Casals, Cañete, Cardozo, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Choste (conde de) Collado, Cortina, Corral, Colmeiro, Corras, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calco Asensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Calcaño, Ducarrete, Diaz (José María), Diaz Perez, Duran, Dague de Rivaa Echevarria, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Eguilaz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Rio Fernandez y Gonzalez Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Fermin, Toro, Flores, Figueroa, Figuerola, Figuerola, Auguste Suarez de), Garcia Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galiste de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güel y Kente, Guelbenzu, Guerrer, Incenga, Harzenhuse, Iriarte, Jans, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olavarría, Olavarría y Huarte, Orcaz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Pompillo Gener, Palacio, Pasaron y Lastra, Pasual (D. Agustín) Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poye, Reinoso, Retos, Revilla, Rios Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar: Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Talero, Ulloa, Valtierra, Velez de Medra no Vega, (Ventura de la). Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de) Combarain y España, (D. Eugenio), A. costa (D. Juan), Ribot y Fontere, R. Ortiz y Beneyto

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.— Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. Sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 13 de Mayo de 1886

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administración y redacción: Valverde 2, primero

SUMARIO

Revista política, por Raguer.—A Mecenaz, por Angel Lasso de la Vega.—En el Ateneo, por Jerónimo Vida.— Bellas artes, por José de Siles.—Abrete Sésamo, por Javier Montalvo.—Babilonia, por Nicolás Diaz y Pérez.—La chispa eléctrica, por Juan Sanchez y Villegas.— La pluma y La espada, por Antonio R. García Vao.— Anales de la Asociación Taquigráfica, por ***.—En el sepulcro de D. Antonio Hurtado, por Rafael Abellan.— La huérfana emigrada, por R. Ortiz y Beneyto.— Nieves, por Manuel Lorenzo D' Ayot.—El poder de los ojos, por Ginés Alberola.—Revista de Madrid, por Antonio Guerra y Alarcón.—Anuncios.

REVISTA POLÍTICA

El mensaje de la Corona.—Reformas planteadas en el mensaje de la Corona.—Las sociales y las políticas.— Las de Fomento.—Las militares.—El Tratado anglo-español.—Los presupuestos.

El lunes 10 del actual, se verificó la apertura de las Cortes leyendo el discurso de la Corona el Sr. Sagasta, en virtud de la comisión especial de la Reina Regente.

Hé aquí el documento en cuestión:

«Señores senadores y diputados:

Fácilmente comprenderéis que esta ceremonia, tan fausta siempre para la monarquía, el despertar en mí la memoria de otras análogas, pero más felices, en las cuales intervenía acompañando al magnánimo y malogrado príncipe con quien he compartido por breve espacio de tiempo la majestad del trono y las alegrías del hogar, contribuya, haciéndome sentir con mayor intensidad todo lo que hemos perdido, á acrecentar en los momentos presentes mi aflicción de reina, de viuda y de madre. En el trascurso del año último, Dios ha sometido á dura prueba nuestra fortaleza y nuestra resignación con las mayores calamidades; terremotos, inundaciones y epidemias han sembrado la desolación y la ruina por casi

todos los ámbitos de la Península; y para triste complemento de tantas adversidades, la prematura muerte del rey, mi augusto y nunca bastante llorado esposo (Q. S. G. H.) ha venido á cubrir de luto mi alma y segar en flor las legítimas esperanzas que en la madurez de su juicio y en la lealtad de sus propósitos había fundado la nación española.

Pero las imperiosas exigencias del deber no consienten el abatimiento del ánimo, y en medio de las tribulaciones que han conturbado y conturban todavía mi espíritu, parece que mi voluntad adquiere nuevo vigor para regir los destinos de un gran país, llenando la misión que la Providencia Divina, en sus inescrutables designios, me ha impuesto. Aun cuando no desconozco las dificultades de la empresa, cuento para vencerlas, no solo con la rectitud de mis intenciones, sino con la índole hidalga del pueblo español, y con vuestro eficaz concurso. Inspirándome siempre en las ideas y necesidades de la época, prestando atento oído á las manifestaciones de la opinión, sin recelos injustificados ni prevenciones peligrosas, afirmando el orden, así en el respeto de todos los derechos, como en el exacto cumplimiento de las leyes, morales y materiales hasta donde los recursos de la nación lo permitan, confío, con la sabiduría de las Cortes y con el auxilio de Dios, en asegurar la prosperidad y engrandecimiento de nuestra amada patria.

Los tiempos no son bonancibles, preciso es reconocerlo, pues los gobiernos, á más del cuidado que han de prestar á los asuntos políticos y económicos, de suyo tan propensos á la discordia, por todas partes se ven ahora singularmente apremiados con los problemas sociales que en algunos pueblos de Europa y América están produciendo colisiones san-

grientas, causa de profunda alarma en la sociedad y de atento estudio para todos los hombres reflexivos.

Afortunadamente la España se ha visto libre hasta hoy de tan dolorosas perturbaciones, pero sería mucha temeridad mirar por eso con indiferencia cuestión tan importante; y de ahí que mi gobierno se preocupe, como es justo, de un problema que, por afectar á la suerte de las clases más desvalidas, y por relacionarse á veces con la paz del Estado, reclama gran atención para conseguir, en la medida posible, el bienestar de estas clases, facilitar el equilibrio entre el capital y el trabajo, y fortalecer la armonía de todos los intereses sociales.

Las cuestiones políticas mueven también, como no puede menos, la opinión de los pueblos; pero después de las conquistas alcanzadas, la misma seguridad de su posesión ha relegado estas cuestiones á un término secundario, de tal suerte, que los pueblos más adelantados, y al propio tiempo más poderosos y felices, concentran hoy su principal actividad en asuntos sociales, económicos, mercantiles y de colonización.

Importa, sin embargo, para que se mantenga cada cual en los límites de su derecho, que cuanto se relaciona con la seguridad, con la libertad y con la conciencia del ciudadano, se halla debidamente esclarecido en las leyes; por eso mi gobierno, en armonía con su significación, presentará una serie de proyectos encaminados á garantizar con la debida eficacia, en la extensión que le marcan sus compromisos, los derechos individuales consignados en la constitución de la monarquía; la función del sufragio electoral, la responsabilidad de las autoridades gubernativas ante el poder judicial y el juicio por jurados, y otras

reformas de la propia índole que considera convenientes al país; reformas de realización tanto más fácil cuanto más afirmada se halle la paz pública, y las pasiones en los partidos dejen mayor espacio para su discusión y planteamiento.

La simpatía y el respeto de que las naciones extranjeras rodearon el trono de mi augusto esposo y de que dieron tan señalada muestra en la triste ocasión de sus exequias, han hecho que las relaciones de la Regencia con los demás Estados obtengan desde el primer momento un grado de cordialidad que me permite mirar con confianza el porvenir. Y si de todos los gobiernos he recibido pruebas inolvidables de consideración y de afecto, las debo singularísimas al soberano Pontífice, cuya paternal solicitud me ha sostenido en las horas de tribulación, y cuyos consuelos han fortalecido mi ánimo para emprender con resolución el camino que me trazan mis deberes de madre y de Regente.

Notificada á todos los gobiernos la decisión del Santo Padre en el asunto de las Carolinas, han sido reconocidos también por Inglaterra los derechos de España en términos que espero merecerán vuestra aprobación.

Las relaciones diplomáticas con los demás países no llenarían, sin embargo, todo su objeto, si no dieran por resultado el desarrollo creciente del comercio entre los pueblos. Propónese por eso el gobierno dar á las relaciones mercantiles con las demás naciones toda la estabilidad posible dentro de los límites y plazos establecidos por las Cortes, sometiendo á vuestra deliberación la prórroga de los tratados de comercio, medida que será aplicable sin excepción alguna, toda vez que me cabe la satisfacción de anunciaros que terminadas las negociaciones de largo tiempo exigidas, se os presentará á vuestra ratificación un convenio, en virtud del cual el comercio inglés será considerado al igual de los países más favorecidos, y los vinos españoles entrarán en el Reino Unido y sus colonias en las condiciones por España reclamadas.

El ensayo feliz del juicio oral y público en la administración de la justicia criminal, y la benévola acogida que ha merecido á la opinión el nuevo Código de Comercio, deben servir de estímulo para llevar adelante el programa de las grandes y trascendentales reformas legislativas iniciadas en Cortes anteriores, completándole con una ley orgánica de Tribunales, por la que se sustraiga, en lo posible, la justicia municipal, tan importante para la inmensa mayoría de los ciudadanos, á la influencia de la política y de los intereses y pasiones locales.

El gobierno se propone presentar una serie de proyectos dirigidos á perfeccionar la organización del Ejercito, figurando entre los primeros una ley de ascensos y recompensas que, teniendo como principal fundamento la antigüedad sin defectos, atiende, sin embargo, á la necesidad de estimular el mérito sobresaliente.

El cuerpo de Estado Mayor ha sido objeto de radicales mudanzas en los más importantes Ejércitos de Europa, y á esta necesidad, impuesta por las transformaciones que vienen sufriendo todos los organismos militares, atenderá también el gobierno, procurando satisfacer con la reformas proyectadas los fines que este cuerpo está llamado á cumplir así en la paz como en la guerra.

La división territorial es otra de las más importantes cuestiones que hoy solicita la atención de cuantos se preocupan de nuestro estado militar, y que será sometida á la ilustración de los representantes del país á fin de que puedan resolver lo más acertado en asunto que tan vivamente interesa á la seguridad del territorio nacional.

La Marina militar ha sido también objeto preferente de la atención de mi gobierno. No sólo se ha continuado la reconstrucción del material flotante en los arsenales del Estado y en algunos astilleros particulares del extranjero, sino que se preparan en aquéllos nuevas

é importantes obras con el concurso ya solicitado de la industria nacional.

Mi gobierno se propone continuar por esta senda, restaurando así nuestro poder naval, que por motivos diversos había decaído considerablemente.

En cuanto al personal, se han realizado ya reformas trascendentales en el cuerpo de infantería de Marina, acomodándolo á las necesidades de las escuadras modernas, y se ha mejorado la condición de los cuerpos subalternos de la Armada.

Los progresos en la legislación general y la transformación del material flotante de guerra, exigen imperiosamente la revisión de las Ordenanzas generales de la Armada, y mi gobierno se ocupa con premura de este asunto, esperando que en breve plazo quede terminada tan indispensable reforma.

La Hacienda nacional, que sintió los efectos consiguientes á las calamidades de índole diversa que afligieron al país durante el año último, vuelve ya merced á la desaparición de aquéllas y á las reformas realizadas, á entrar en la progresión ascendente que antes venían presentando los valores de las rentas públicas.

La centralización y aplicación al Tesoro de los fondos y Cajas especiales que actualmente existen, en virtud de leyes que no están conformes con las generales y orgánicas de la Administración y la contabilidad del Estado, así como las economías, relativamente importantes, que se introducen en los presupuestos generales que en breve se someterán á la aprobación de las Cortes, permitirán, sin aumento de tributos ni nuevos sacrificios del contribuyente, normalizar determinados servicios, y no sólo igualar el importe de las obligaciones con el de los recursos del año económico de 1886-87, sino obtener un remanente de ingresos, que se destinará á extinguir igual suma de la Deuda flotante que debe resultar á la terminación del ejercicio actual.

Conseguida en esta forma la nivelación del próximo presupuesto, y asegurada durante el año económico la marcha normal del Tesoro público, podrán prepararse, con el estudio conveniente y en época más oportuna, soluciones de otro orden que contribuyan á dotar un presupuesto extraordinario para material de los diferentes ministerios que lo han menester y para fortalecer más y más el crédito de la nación, base indispensable de la Hacienda pública.

Es conveniente para la eficacia de las libertades políticas que la vida administrativa se desarrolle directa y desembarazadamente con la intervención de los ciudadanos de cada localidad en sus propios asuntos. El gobierno procurará, mediante los oportunos proyectos, asegurar este fin; y al efecto someterá á vuestra consideración reformas que establezcan la armonía de que hoy carecen las leyes municipal y provincial, y sin la cual no es posible la satisfacción de las legítimas aspiraciones de los pueblos.

Los intereses morales y materiales del país van tomando tal desarrollo en estos tiempos, que exigen reformas de los servicios, en armonía con las imperiosas necesidades del presupuesto. A la primera de estas necesidades responde la creación del Ministerio de Instrucción pública, Ciencias, Letras y Bellas Artes, y del Ministerio de Obras públicas, Agricultura, Industria y Comercio; reformas que no implican aumento de gastos; antes bien han coincidido con una economía considerable en los servicios de estos centros directivos, y á la segunda la creación y desarrollo de las instituciones de instrucción popular, como Escuelas de Comercio, de Artes y Oficios y prácticas de Agricultura, y también la centralización económica de la primera y de la segunda enseñanza para atender por una parte á las necesidades del profesorado, y para mejorar por otra su organización.

En la actual legislatura, se os presentarán además, proyectos que se contraen á la reforma de la enseñanza en todos los grados, á la ley de obras públicas, á la de expropiación forzosa, á la creación del crédito agrícola, á la

redención de las cargas perpétuas que pesan sobre la propiedad, especialmente sobre la rústica, y á la legislación minera.

Es para mí muy satisfactorio anunciaros, que se han dictado las disposiciones necesarias para que la Soberanía de la Nación esté representada en los Archipiélagos Océánicos, y que en estos momentos navegan hacia su destino los funcionarios públicos y los misioneros encargados de propagar la civilización cristiana entre los habitantes de aquellas apartadas regiones.

Mi gobierno, cuida muy esmeradamente de organizar la administración en las islas del Archipiélago Filipino, y de dotar á esta parte de territorio de los medios más propios para desarrollar la inmensa riqueza que contiene.

En cuanto á las provincias americanas, en las que rige la política de asimilación, mi gobierno cumplirá lealmente sus compromisos, planteando al mismo tiempo que las reformas económicas, cuya inmediata consecuencia debe ser la nivelación de los presupuestos, las leyes provincial, municipal y electoral, con que ha de establecerse sobre bases de equidad y de justicia el ejercicio de los derechos políticos de cuantos allí se envanece con el glorioso nombre de españoles.

Tales son, señores diputados y senadores, sin perjuicio de lo que corresponda á vuestra iniciativa, los proyectos que mi gobierno someterá en tiempo oportuno y en forma adecuada á vuestra deliberación. Segura estoy de que vosotros, altamente penetrados de vuestros deberes, y conocedores expertos de las necesidades públicas, coadyuvareis á la obra que á todos, en nuestro respectiva órbita, nos está encomendada.

Síntoma inequívoco de mudanza feliz en nuestras costumbres es la serenidad con que el país presencia el movimiento político, mostrándose cada día más inclinado á dar á las leyes el prestigio de que carecen cuando no son atacados con firmeza constante.

Este hecho ha de pesar seguramente en vuestro ánimo, como pesa en el mio, para que nuestra conducta responda á los ejemplos de moderación que el país nos dá, y sea clara expresión de la conciencia pública.

Garantizados, como están, los derechos y las libertades de la nación, tienen las opiniones é intereses que se disputan el imperio de las sociedades modernas, ancho campo entre nosotros donde medir ordenadamente sus fuerzas y aspirar al logro de sus ideales bajo los auspicios de la paz, sin la cual, hasta las más estudiadas reformas, son seguramente efímeras é infecundas cuando no peligrosas; porque no es posible fundar nada sólido sobre un terreno perpétuamente movedizo.

Avancemos, pues, con paso sosegado y firme por el camino de nuestro progreso moral, político y económico; y en medio de las hondas preocupaciones que en la edad presente turban la tranquilidad del mundo, daremos el espectáculo de un pueblo que, ya aleccionado con tantas enseñanzas, marcha á la realización de sus destinos, sin temores, incertidumbres ni apresuramientos febriles, porque ha sabido hermanar en una fórmula de concordia su amor á la libertad y á la adhesión á sus instituciones seculares.»

Los párrafos consagrados á plantear las reformas políticas y sociales, no pueden ser más anodinos ni más insignificantes.

Se saca á relucir el espectro rojo, se trata de asustar á las gentes con los sucesos á que han dado lugar los problemas sociales en algunos pueblos de Europa y América, se predicen para España escenas semejantes, y en seguida se arma que el gobierno se ocupa en tan graves asuntos, buscando el equilibrio entre el capital y el trabajo y la armonía de los intereses sociales.

¡La armonía de los intereses sociales, en un régimen de privilegio y favoritismo, como el de la Restauración!

¡El equilibrio entre el capital y el trabajo en una organización política, que tiene por

base el capital, por nervio la riqueza, por fin la protección del fuerte y del poderoso contra los ataques del débil y del desválido!

La monarquía restaurada es impotente para resolver, y aún para preparar la solución de los problemas sociales. Pruébalo, á más de la contextura y modo de ser especial de la Restauración, extraña por completo á todo apoyo popular y á todo arraigo en las masas obreras, esa desdichada comisión de reformas, que no ha dado la más ligera muestra de su existencia desde que la creara un ministro voluble y tornadizo.

Bien es verdad que los monárquicos nunca se han propuesto en serio atacar la solución de los problemas sociales. Se han servido de ellos como de instrumento para atraer á la monarquía el favor del pueblo, y ahora los utilizan para ocultar su incapacidad para resolver los problemas políticos y para cumplir los compromisos contraídos en la oposición.

Ciertamente que las cuestiones políticas han sido relegadas á un término secundario, consagrándose hoy los pueblos con preferente atención á los asuntos sociales y económicos; pero esto ocurre en las naciones que han resuelto ya todos los problemas políticos, que han reintegrado al pueblo en su soberanía, y le han reconocido sus derechos; pero no puede ocurrir en España, donde todas estas cosas están por hacer, donde todos estos problemas los ha dejado en pié y los ha agriado la Restauración.

En Suiza, en Francia, en los Estados Unidos, en Italia, en la misma Alemania, los problemas sociales y económicos ocupan hoy el lugar preferente, y solicitan por predominante modo la atención de los políticos y los pensadores; pero es que en esas naciones, en unas más y en otras menos, las cuestiones políticas están resueltas, cosa de que se halla muy lejos España, en pleno período constituyente, en la actualidad, y en irremediable transición de la monarquía á la República.

Hoy por hoy, la necesidad misma de las cosas pone en primera línea en España á los problemas políticos; y en vano es que el gobierno liberal trate de oscurecerlos para enmascarar su inconsecuencia.

¿Como se propone resolver estos problemas?

¿Por medio de una ley de garantías, como había prometido en la oposición?

No. Del malhadado proyecto de ley de garantías ya nadie se acuerda. Arma para conquistar el poder, se abandona al día siguiente de subir á la gobernación del Estado.

Los firmantes del pacto de 4 de Junio, que querían nada menos que incluir en el decreto de convocatoria de Cortes aquel famoso proyecto de ley de garantías que costó tanto trabajo formular, y cuyos artículos se discutieron frase por frase y palabra por palabra, ahora se contentan con desenvolver en leyes orgánicas los principios allí consignados.

No sin que esos principios pierdan en el viaje no poco de su integridad y pureza. Así, por ejemplo, el sufragio, que en el proyecto de ley de garantías reconocía como derecho de todos los españoles que se encuentran en el pleno goce de sus derechos civiles y políticos, en el Mensaje leído ayer, queda reducido á la humilde categoría de *función del sufragio electoral*.

¿Puede darse nada más vago que esta frase?

¿Pueden contentarse con ella los que en las anteriores Cortes liberales riñeron tan feroz batalla sobre si el sufragio debía ser universal ó no debía serlo, ó debíamos conformarnos sólo con la *universalización del sufragio*?

Ni siquiera esta ridícula *universalización* existe ya, viéndose reemplazada por la *función del sufragio electoral*, cosa que desde luego verá el Sr. Cánovas con gusto, y que aceptarán los conservadores.

Por supuesto que muchos de los principios de la ley de garantías, no se mencionan en el Mensaje.

La declaración de que la soberanía reside en las Cortes con el rey, la de que las leyes no

podrán prohibir ni restringir por ninguna causa, inclusa la de religión, los derechos individuales, ni su posesión y ejercicio, la responsabilidad de los ministros, la irreformabilidad de la constitución en Cortes ordinarias, etc., etc., son cosas que los liberales han abandonado en el camino de la oposición al poder.

El planteamiento mismo de las reformas que en el Mensaje se prometen, se subordina á una condición que viene á dejarlo al arbitrio del gobierno. La realización de estas reformas, dice, será tanto más fácil, cuanto más afirmada se halle la paz pública, y las pasiones en los partidos dejen mayor espacio para su discusión y planteamiento.

¿Le faltará pretexto al gobierno para sostener, que la paz pública no está asegurada, ni las pasiones de los partidos en calma, y por tanto, que el planteamiento del sufragio universal, del jurado y de las demás reformas es imposible?

Más valiera que de una vez declararan los liberales, que se les había impuesto como condición para entregarles las riendas del Estado, el abandono de la ley de garantías, y así sabríamos de un modo auténtico, una cosa que todos presumimos: que para que el Sr. Sagasta y sus amigos se mantengan en el poder, deben gobernar con el espíritu del Sr. Cánovas y los suyos; que son de todo punto incompatibles la monarquía y la libertad.

Bien pocas son las reformas que nos ofrece el ministerio en los párrafos que se consagran al desarrollo material de la riqueza pública y de la enseñanza. El Sr. Montero Ríos, lo ha querido sacrificar todo á la creación de los dos ministerios; de Instrucción Pública, Ciencias, Letras y Bellas Artes y el de Obras Públicas, Agricultura, Industria y Comercio.

La primera ventaja que, en sentido del gobierno, reportará la reforma, vá á ser la disminución de gastos, cosa ciertamente inexplicable, si se tiene en cuenta el aumento del alto personal y la creación de nuevos negociados.

A primera vista, seduce la idea de al Sr. Montero Ríos, ha podido guiar, al elevar á la categoría de Ministerios dos de las Direcciones generales actuales; pero si se atiende al verdadero móvil vendrá á probarse una vez más, que las únicas cuestiones que preocupan á los fusionistas son las de personal.

Los ministerios que ahora van á crearse obedecen á una necesidad real. Pero cuando los ramos que uno y otro abarcan, se les deja en el mismo estado de abandono á que le han condenado los gobiernos de la Restauración desde Crovio hasta Pidal, esta cacareada reforma no obedece á ninguna necesidad del momento, y no servirá para otra cosa, más que para consumir en sueldos del nuevo ministro, directores, inspectores y altos funcionarios, el reducido presupuesto de que van á disponer.

¿Cuales son las reformas que el gobierno nos ofrece en el ramo de Fomento? La de la enseñanza en todos los grados; la ley de obras públicas; la de la expropiación forzosa; la creación del crédito agrícola; la redención de las cargas perpétuas que pesan sobre la propiedad, especialmente sobre la rústica; y la legislación minera.

Pero si en los cinco meses que el actual gobierno se halla en el poder, las reformas en el ramo de Fomento se han reducido á la creación de una ridícula escuela politécnica, combatida por amigos y contrarios, ¿debemos esperar que se lleven á cabo, no ya todas, sino alguna de las ofertas que se nos hacen en el discurso de la Corona? No por cierto. Pero aún admitiendo hipotéticamente que así sucediera, el gobierno no sería por eso menos digno de censura por no plantear las esenciales reformas indispensables en nuestro país.

La enseñanza necesita una radical reforma tanto en lo que á la instrucción popular se refiere, cuanto á la de las universidades, y mientras estas reformas no partan de esa base serán incompletas sino inútiles.

Ninguna alusión hay en el discurso ayer leído en las Cámaras que se refiera á la instruc-

ción obligatoria, base de toda sociedad moderna, y esa es la mayor censura que al Sr. Montero Ríos puede hacerse, toda vez que, no habiendo aludido á aquella ni remotamente, no debe de formar parte de sus proyectos reformistas.

La organización de las Universidades es hoy tan defectuosa, que cualquiera país de Europa, aún el más atrasado, pudieran haber servido de modelo al ministro de Fomento para proponer las reformas que exigen los progresos de los tiempos, y dotar á las facultades del material científico de que hoy carecen, al mismo tiempo que dar al profesorado la posición que hoy no tiene.

No son menos incompletas que las reformas que el gobierno se propone plantear en el ramo de enseñanza, las que promete en la parte del fomento material.

Nada de canalización de los caudalosos ríos que llevan al mar las puras aguas de las inmensas cordilleras. Nada que tienda á fertilizar las áridas llanuras del centro de la península. Nada de abaratar las tarifas de los ferrocarriles para poder extraer de los puntos de producción los frutos y caldos que hoy no pueden sufrir la competencia por lo exorbitante del precio del arrastre.

Nada que tienda al desarrollo de la riqueza agrícola, base de toda riqueza en España, ha tenido en cuenta el Sr. Montero Ríos al redactar el párrafo del discurso de la Corona que se refiere á Fomento.

La razón suprema que tienen los partidos dinásticos, cuando se les acusa de permanencia en la inacción, en la parte que se refiere á las reformas políticas, ha sido siempre la misma. Nosotros, dice, somos partido de orden, y como tales tendemos con preferencia al progreso de la riqueza pública y al planteamiento de las reformas materiales.

Pero si no hubiera bastado á probar el abandono completo en que todos los gobiernos de la Restauración han tenido á este importantísimo ramo, el último discurso de la Corona, nos demuestra que nada, absolutamente nada, puede esperar de ellos el verdadero país: el país que trabaja: el que representa la ciencia, la agricultura, la industria y el comercio español.

Más vago todavía es el discurso de la Corona en cuanto se refiere al Ejército y la Marina. Como al tratar de los demás ramos de la Administración, ofrece reformas, pero ¿cuales? Al enumerar alguna, lo hace como de mala gana, cual si comprendiera lo falso de su posición, aquí donde tanto hay que hacer, donde tanto que innovar, y donde, sin embargo, no se piensa hacer ni innovar nada.

Hablando del ejército y de sus necesidades, promete reformar el cuerpo de Estado Mayor y establecer la división territorial.

Una y otra son, en efecto, necesidades, y necesidades que requieren y exigen atención en los poderes públicos; pero no son de las que deban satisfacerse inmediatamente, porque hay otras más urgentes que hacer, otras que no admiten espera, otras que hoy son exigencias de la situación en que nos hallamos. Esas reformas, con ser importantes, no son, sin embargo, de las que más directamente llegan al Ejército. Es preciso, ante todo, organizar éste, levantar su espíritu, darle la satisfacción interior que debe resaltar en todos sus actos, ponerle en condiciones de ser realmente útil á su país y de responder á lo que de él tiene derecho á exigir el contribuyente que le sostiene para su tranquilidad y para su sosiego. Aquí es donde primero deben dirigirse los esfuerzos de los legisladores. El que cree resolver el problema militar cambiando la organización del Estado Mayor y estableciendo la división territorial, no conoce las necesidades ni escucha las reclamaciones del ejército.

El gobierno al poner tal lenguaje en boca de la Regente, ha probado á las clases militares que nada deben esperar de su iniciativa.

Lo mismo en lo que se refiere á la Marina. Vaguedades por todas partes; ni una sola afir-

mación concreta, ni un solo hecho, ni un solo número, ni uno solo de esos datos que no necesitan, para imponerse al ánimo, la elocuencia de la frase que los envuelve, sino que se imponen por sí solos.

«Se preparan obras...» «Se hacen reconstrucciones...» «Se restaurará nuestro poder naval...»—Tales son las seguridades que dá el gobierno al país, de que vela por nuestra Marina, y quiere levantar su nombre y se interesa en su prestigio.

¿Bastan estas palabras diluidas en tantas nebulosidades, para responder al país, al Ejército y á la Marina, de que todo lo que tenga que hacerse se hará en provecho y por la dignidad y la gloria de la patria?

De ningún modo. El país puede exigir que se le digan las cosas en forma más explícita. El país, á quien sin cesar se le pide su dinero, tiene derecho á que se le diga lo que se piensa hacer en su favor; el país á quien sin cesar se le piden sus hijos, tiene derecho á que se le den seguridades de que sus sacrificios no serán estériles; de que, llegado el triste caso de una guerra, los soldados tendrán medios de combatir y los marinos buques en que vencer ó morir, siempre en honra de España.

En cambio, nada se dice en este párrafo de las economías hechas en Guerra y Marina por exigencias absurdas de Camacho y debilidades inconcebibles de Jovellar y de Beranger. Y á fé, que era buena ocasión la de armonizar esas dos cosas que parecen antitéticas: proyectos de engrandecimiento y economías.

El gobierno promete aliviar al ejército, promete hacer barcos y dar incremento á la Marina y, sin embargo, rebaja en cifra considerable los presupuestos ordinarios de ambos departamentos. ¿Qué significa esto? ¿Para quien se escribe el Discurso de la corona? ¿Es al país á quien se dicen tales cosas? El documento leído ayer por el presidente del Gobierno, ¿es un discurso ó un sarcasmo, es una fórmula sin sentido ó una injuria preconcebida? ¿Es un nuevo engaño al país, ó un nuevo insulto á la Marina y al Ejército?

El tratado con Inglaterra es un hecho, según se anuncia en el Mensaje de la Corona, siendo á estas horas conocidas más en Inglaterra que en España las condiciones del pacto ultimado.

Conocido es cuán partidarios somos de abrir nuevos mercados á nuestros productos; pero por esto, no hemos de extrañarnos menos del silencio que se ha guardado en esta cuestión, que hoy ha de sorprender extraordinariamente en Cataluña.

Las condiciones del pacto son: el trato de nación convenida; y la fecha de su duración será hasta 1892, año hasta el cual se prolongarán los tratados de comercio hoy existentes.

Las noticias del tratado producirán en las regiones fabriles de España gran alarma, por la poca previsión del Sr. Moret al concertarle por sorpresa, si bien es de esperar sea provechosa al desarrollo de nuestro comercio y contribuya, como muchas veces hemos demostrado, al acrecentamiento de la riqueza pública.

En el párrafo destinado á tratar de tan importante cuestión, se anuncia la nivelación, merced á las economías introducidas en los gastos de los departamentos ministeriales, pero en cambio se indica el pensamiento del gobierno de formar un presupuesto extraordinario para material de los ministerios.

Amantes como el que más de la nivelación de las cuentas generales del Estado, y más aún de los *superavits* que espera el Sr. Camacho, somos enemigos decididos de los presupuestos extraordinarios, que acusan un estado anormal en la marcha administrativa del país.

Si el ministro desea poner término á los déficits y que acaban las negociaciones de deuda flotante del Tesoro, es preciso que no se formen presupuestos extraordinarios, que servirán solamente para desfigurar la verdad, como ha ocurrido en los tiempos de dominación conservadora.

Por otra parte, el material de todos los

ministerios es susceptible de importantes economías, y no es lógico pensar en la formación de un presupuesto extraordinario para material, cuando para nadie es un secreto que se malversan grandes sumas de las consignadas para gastos de esta índole.

La nivelación no será una verdad con la creación del presupuesto extraordinario, sino se arbitran recursos con la venta de montes públicos ó enagenación de fincas del Estado.

RAGUER.

À MECENAS

SÁTIRA DE HORACIO.

¿Por qué el hombre no puede satisfecho,
Oh Mecenas, vivir en el estado
Que su misma elección tomar le ha hecho
O que la suerte al fin le ha señalado?
¿Por qué la ajena condición envidia?
¡Feliz el mercader! dice el soldado
Que de la edad ya siente la desidia
Y el penoso cansancio experimenta
Que produce una lidia y otra lidia.
Y si á su nave, en tempestad violenta,
El mercader ve en riesgo, el duro oficio
De las armas prefiere. «Tengo en cuenta
Que es forzoso luchar, que es un servicio
Arriesgado; ¡mas qué! si la victoria
Hallo en breve ó en la muerte un beneficio?
Al letrado le viene á la memoria
El labrador, para envidiar su vida,
Sin tanta ocupación tan perentoria,
Cuando antes que súbito sea oída
La voz del gallo, escucha ya á su puerta
La turba de clientes que reunida
Acude á consultarle y le despierta;
Y el pobre labrador á quien conduce
A la ciudad y tanto desconcierta
Abandonar sus campos, y reduce
A tal extremo insólito proceso,
A juzgar para sí también le induce,
De su enojo y molestia en el exceso,
Que sólo son felices los que habitan
En la ciudad, de cargas sin el peso.
Ejemplos de esta índole acreditan
En gran número el dicho de mi labio;
Y menos en verdad se necesitan
Para cansar al hablador de Fabio:
Nunca abusar de tu paciencia intento;
Donde voy á parar, amigo sabio.
Te suplico que escuches un momento.
«A servirte me allano» un dios piadoso
A decir llega á tanto descontento.
Tú, soldado, serás un laborioso
Mercader; tú, letrado, un campesino
Que cultive los campos sin reposo:
De papeles cambiada y de destino.
¿Qué esperais? ¡Vamos, pues!» Pero dispuestos
A este trueque no están. ¿Es desatino?
Pues presumen no obstante, que, en sus puestos,
Son más felices los demás, fundados,
A la verdad, en frívolos supuestos.
¿No sobrara razón á los airados
Acentos del gran Júpiter potente
Y á sus justos enojos provocados,
Si con adusto ceño y voz furente,
A sus ruegos no más prestar oído
Jurara, tan benévolo y clemente?
Prosigamos; más no en este sentido,
Cual narrador de cuentos, chanceando.
¿Quién, no obstante, en tal tono habrá impedido
Que la verdad se diga, así imitando
Al afable maestro, que al chucuelo
La apetitosa golosina dando,
Al estudio estimula con su celo?
Dejemos, pues, la chanza; y gravemente
Entremos en materia, como anhelo.
Aquel que, á los sudores de su frente,
Mueve la tierra con el lento arado,
El truan hostelero, el que audazmente
Se aventura en la mar, al lucro dado,
El navegante, el milite, se afanan,
Según dicen, con ánimo esforzado
En sus fatigas; por sí al menos ganan
Un refugio encontrar apetecido
En la triste vejez, si al fin allanan
Todo obstáculo, y su anhelo han conseguido;

Aquello que es preciso á la existencia
Ver ufanos, por último, reunido.

Hacen, pues esto añade su experiencia,
Lo que al hombre le enseña aquel insecto,
La laboriosa hormiga en su paciencia.

Y ejemplo para él es en efecto,
Amontonando todo cuanto puede
Y conduce con orden tan perfecto

Porque al azar el porvenir no quede,
Sin por él ya inquietarse, previsora,
Puesto que nadie en discreción le excede.

Mas cuando Acuario la una y otra hora
Del año que termina ya entristece,
No deja aquel retiro donde mora;
Y los ahorrados frutos que le ofrece
La previsión, entonces sosegada
Disfruta á su sabor como merece.

A tí del lucro te alejara en nada,
Ni las molestias del ardiente estío,
Ni aun el rigor de la estación helada,
Ni las olas, el fuego, el hierro impio;
A detenerte nada alcanzaría,
Ni sobre tí tuviera poderío,

Si aun más rico que tú sólo existía
Un hombre. Y ahora bien, sér codicioso,
¿De qué te sirve, en la caverna umbría,
Depositar furtivo y tembloroso
Todo el oro y la plata que adquiriste
Y que enemigos son de tu reposo?

Si el dinero que, avaro, así escondiste
Tocarás, cercenándolo algún tanto,
Ya para tí sin su valor existe.

Si á tocarlo no llegas, di, ¿qué encanto
Te ofrece ese montón bien construido
Del metal cuya pérdida es tu espanto?

Si en tus vastos graneros has reunido
Cien mil medidas del sabroso fruto
Que produce la mies, lo contenido

En tu estómago, á fé, te lo disputo
No sería, no, más que lo que es dable
Que en el río cupiese. Si en tributo
De servidumbre, esclavo miserable

Lleva de pan el excesivo peso
Sobre su espalda, séme razonable,
¿Cuándo logra obtener, sólo por eso,
Una parte mejor? ¿Qué importa al hombre
Que se encierra en el límite ya expreso

De la natura, ni por qué se asombre,
Si cien fanegas labra ó con mil cuenta,
Si por ello es tenido en más su nombre?

¡Pero un alto montón mucho contental
Con tal que siempre tome me permitas,
La misma cantidad; si en nada aumenta,
¿Por qué de esa manera necesitas

Preferir tus graneros abundantes
A mis cestas de mimbres pequeñitas?
Pero si son asuntos importantes
El serte menester pequeño vaso

O un ánfora de aquellas más flamante,
Y dices: «preferible es en tal caso
Tomar el agua en caudaloso río
Que no en el lento manantial escaso.»

Por avidez tan insaciable, os fio
Que Aufo impetuoso en sus corrientes
Arrostró con airado poderío

Sus márgenes, y á tantos imprudentes.
Quien sabe acomodar lo que desea
A dispendios y gastos convenientes,
No tema, no, por turbia que ella sea,
Beber el agua ó terminar la vida

En las olas que hender no se desea.
De su ciego apetito conducida
Así dice, engañada á lo que creo,
De la gente la parte más crecida:

«Valgo tanto cual es lo que poseo»
¿Y qué hacer del que usa estas razones?
Dejarle, pues, que tal es su deseo,
En su estado sin más explicaciones;

En su miseria, pues que así le agrada.
Páreceme es igual en condiciones
A aquel sér de riqueza ponderada
El avaro ateniense, que un consuelo
A toda burla á él desvergonzada

De la plebe encontraba sin recelo.
«Silbado soy, tal era su discurso,
Pero es en vano el insolente anhelo:
Contra la envidia tengo mi recurso.

Yo me aplaudo, al entrar en mi retiro,
Cuando contemplo de mi suerte el curso
Y el oro que en mis arcas junto miro.»
Tántalo, aquel á quien la sed devora,

Con avidez persigue, sin respiro,
 El agua que se escapa vengadora
 De sus labios. Así, tómallo á risa,
 De nombre cambia pues, y observa ahora
 Que tu historia esta fábula te avisa.
 Sobre tus sacos que en montones tienes
 A descansar el sueño te precisa.
 A ver aquellos, con tus ojos, vienes
 Como sacros objetos, á los cuales
 Ni á tocar te atrevieras, y convienes
 En juzgarlos no más cual si los tales
 Fueran vanas pinturas, destinadas
 A recrear tu vista, en todo iguales.
 De las monedas esas hacinadas
 ¿Ignoras, pues, el uso; en lo que es justo,
 Cual dicta la razón, sean empleadas?
 Compra ya, miserable, sin disgusto,
 El pan, y las legumbres, y un sextario
 De vino, y no tan ávido y adusto,
 Aquello que á la vida es necesario.
 Pasar el día en inquietud constante
 Y la noche, con celo temerario,
 En continuas alarmas, y delante
 viendo siempre al ladrón, temiendo el fuego,
 Y al esclavo, que infiel huye anhelante
 Con tus bienes; ¿son estos, hombre ciego,
 Tus placeres no más? ¿A tales bienes,
 Mi pobreza antepongo desde luego!
 Si de ardorosa calentura tienes
 Ese frío glacial; si has enfermado
 Y ya en el lecho á sujetarte vienes,
 ¿Presumes que tendrás quien afanado
 Te prepare el remedio y te reanime
 Y al médico acudir haga á tu lado
 Que con afecto tu existencia estime.
 Y á tus hijos y deudos más queridos
 Te devuelva? ¿Eso esperas? ¿Cuándo, dime?
 Hasta tu misma esposa, en contra unidos,
 De tí, tus hijos propios no desean
 Tu curación; y todos, conocidos,
 Los que en tu misma vecindad se vean,
 Y jóvenes y mezas te aborrecen,
 Y ni en tu auxilio y tu interés se emplean.
 Si al metal tus amores tal se ofrecen,
 ¿Te admiras de que nadie pueda darte
 El amor que tus actos no merecen?
 Si á esos que son de tu familia parte
 Sin que tu por la tuya, no, á fé mía,
 Hayas puesto ninguna, y si por arte
 De la natura liberal, un día
 Atraerlos quisieras, ser su amigo,
 ¿Cuán perdido tu tiempo se vería!
 Fuera tan fácil, en verdad, te digo,
 Cual si á un asno ruin, dócil al freno
 Se intentase poner, llevar contigo
 Hasta el campo de Marte, donde el bueno
 Pero torpe animal, en la carrera,
 Que brillara quisieses tan sereno.
 Cesa ya de guardar de esa manera.
 Lo bastante ya tienes; tenazmente
 Y con ese temor que así te altera
 La pobreza no mires: es prudente
 Que descanses al fin de tus fatigas.
 Pues lograste reunir lo suficiente.
 A cierto Ummidio á recordar me obligas;
 No hagas lo que él. Su historia es corta:
 Oye; y su ejemplo, por tu bien, no sigas.
 No escaso en contemplar con vista absorta
 Y en medir sus monedas, cicatero,
 (Porque todo avariento así se porta;)
 En vestir aun peor que un pordiosero
 O un esclavo; el temor de que podía
 Al hambre perecer, ya en el postrero
 Período de su vida, le afligía;
 Pero el golpe de un hacha, del avaro
 La cabeza cortó con mano impía
 Un liberto, de aquella de Tindaro
 Hija digna, un buen émulo temible.
 —¿Qué consejos me das? hablemos claro:
 ¿Vivir en Nomentano es preferible
 A con Menio vivir? —Vamos, ¿pretendes
 Contrariarme en todo lo asequible?
 Si ser avaro, como tú lo entiendes,
 Te prohibo, jamás por mal sujeto
 O bellaco te tuve: ¿me comprendes?
 A citarte tan sólo me concreto
 La diferencia aquella que ha existido,
 Porque en otras honduras no me meto.
 Entre Tánais y el suegro conocido
 De Viselio. En las cosas terrenales
 Hay sus límites fijos: es sabido.

Más acá, más allá de lindes tales
 Imposible es que el bien hallarse pueda
 Por los torpes y míseros mortales.
 Volver al punto de partida queda:
 Al avaro, su necia extravagancia,
 Que llegue á hallarse satisfecho veda.
 Y más bien, al contrario, esa importancia
 Que da al prójimo, es causa que á su gusto
 Tal cual es, nunca llegue en su arrogancia
 A encontrarse; y prefiere, asaz injusto,
 La ajena condición, porque le labra
 Y consume la envidia en su disgusto,
 Si con enojo advierte que la cabra
 Del vecino, el pezón hinchado tiene;
 Y no esperéis que á la razón se abra
 Su criterio; á fé, no: jamás se aviene
 A compararse con aquellos tantos
 Cuya pobreza á superar aún viene
 La suya, y sus afanes y quebrantos
 Sólo están en poder al que está encima
 Sobreponerse audaz. Necios son cuantos
 Esfuerzos use, al fin, para dar cima
 A su empeño; y encuéntrase en su senda
 A quien más rico con despecho estima.
 De modo igual no falta quien pretenda,
 La barrera al dejar rápidamente
 Los aligeros carros, la contienda
 Sostener con aquel, que inteligente
 Conductor, sus caballos hábil guía,
 Pasando á los demás, y al concurrente
 A quien dejó marchando todavía
 En la fila postrera, con desprecio
 Mirando en su ventaja y su osadía.
 Pueda hacerse, por tanto, justo aprecio
 De cuan raro es que exista un sér humano
 Que diga á todos: «de feliz me precio,
 Viví dichoso» que sin duelo insano,
 El término al llegar de su existencia,
 Satisfecho la deje, como ufano
 Abandona con dulce complacencia
 La mesa el comensal ya casi ahito.
 Mps no abuse por hoy de tu paciencia.
 No podrán acusarme del delito
 De haber las llenas arcas saqueado
 De Crispino: esa acción no me permito.
 Ni una palabra á lo que dije añado

Traducción de

ANGEL LASSO DE LA VEGA

EN EL ATENEO

DOS CONFERENCIAS HISTÓRICAS

OLÓZAGA

Sobre el tema de *Olózaga* y el partido progresista dió en la noche del viernes 7 del actual una conferencia D. Gumersindo de Azcárate, tan elocuente y tan profunda como todas las suyas, y con tanto gusto escuchada por un numeroso público.

El distinguido catedrático de la Central, comenzó diciendo que el nombre de *Olózaga* y el partido progresista son inseparables, por modo tal, que no se puede hacer la historia de uno sin la del otro, ni al contrario; de donde resulta, que al tratar del partido progresista, de sus orígenes, historia y vicisitudes, ha de aparecer siempre la figura de *Olózaga*.

Puede decirse que el partido progresista nace á la vida, verdaderamente constituido como organismo independiente, cuando *Olózaga* empieza á figurar, y muere como tal partido, cuando *Olózaga* muere para la política.

D. Salustiano *Olózaga*, es un hombre muy juzgado, muy censurado y objeto de los juicios más distintos; pero nadie pone en duda su gran talento, ni otras de sus bellas cualidades.

Dotóle la naturaleza de grandes prendas de todo género y de una hermosa figura, un tanto estropeada por la obesidad en los últimos años de su existencia.

No fué extraño al sentimiento, como se han empeñado en sostener sus enemigos. El gran pesar que le causó la muerte de su hija Elisa bastaría para probar que la fibra sensible vibraba en su alma con potencia. Pero no puede negarse que dominaba en *Olózaga* la inteligencia, y que entre las facultades intelec-

tuales, sobresalía por la reflexión, ayudada de una gran memoria, más bien que por la intuición y la razón.

Estaba dotado de un valor cívico admirable, de que hizo muestra en repetidas ocasiones, y que le valió para conservar, durante la acusación de que fué objeto, una serenidad extraordinaria. Tampoco carecía de valor personal, atestiguado en sus hechos y persecuciones.

Como pensador se inclinaba á lo que hoy se llama el positivismo, gracias sobre todo á la educación que había recibido en Inglaterra. Decía en una carta dirigida á un amigo, que no estaba por más filosofía que la de Bentham. En sus discursos aparece siempre como un inglés por su horror á las abstracciones y á los principios generales.

También como político muestra sus preferencias por el modo de ser de la política, y de los políticos ingleses. Leía á diario el *Times*, y lo recomendaba á sus amigos.

Fué *Olózaga* presidente de sección en el Ateneo, miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, y abogado; pero nada de esto era en él lo primero y característico. Poco tiempo ejerció la abogacía. Como hombre de ciencia, escribió un notable discurso para su recepción en la Academia, y otro sobre beneficencia, comparando la española con la inglesa.

Lo primero en *Olózaga* es el político, y no como gobernador de Madrid ni como ministro ni como diplomático, sino como incomparable orador parlamentario. Su elocuencia era un término medio entre el estilo inglés, severo y sobrio, representado aquí por Argüelles, y el estilo francés, dramático y movido, representado por el conde de Toreno. De timbre de voz sonoro y simpático, de corrección extremada, peritísimo en el manejo de la ironía, pocos oradores han conseguido en España los triunfos que D. Salustiano *Olózaga*.

Tenía entre sus armas parlamentarias el manejo de los quevedos. Figueras contaba que en cierta ocasión estaba hablando un diputado novel, *Olózaga* se caló los quevedos y el diputado se cortó. Por esto decía el primer presidente de la República española, que la primera vez que habló en las Cortes se puso delante de *Olózaga* para no verle.

El testamento de *Olózaga*, hecho en París de 1869, es sumamente instructivo. Comienza diciendo: «No hago declaración de fé, porque según la Constitución no es necesaria; pero sí en lo sucesivo lo fuera, declaro todo lo que deba declarar un buen español». Nombraba testamentarias á la condesa de la Mina y á Doña Concepción Arenal, recomendaba á su hermano, encargaba que su nieto concluyese su educación en Inglaterra, y concluía con la manifestación de que moría deseando la felicidad del género humano y bendiciendo á todos los que le habían hecho grata la existencia ó amenguado sus dolores.

En rigor, se puede afirmar que el origen del partido progresista está en las Cortes del año 12. Apareció entonces un partido político formado por todos los que querían la desaparición del antiguo régimen, representado principalmente por el absolutismo y la intolerancia religiosa. En el seno de este partido se dibujan después las dos tendencias de los exaltados y de los moderados, que se separan por completo hasta 1836, en que ya aparece constituido el partido moderado, compuesto de dos elementos: los temerosos ó cansados, y los imbuidos en las ideas del doctrinarismo francés.

Los exaltados se llamaron progresistas desde 1839, gracias á *Olózaga*, que les puso este nombre mucho más acertado que el anterior.

La historia del partido progresista se resume en dos luchas: en un duelo á muerte con el absolutismo, hasta vencerlo, y en una lucha con los moderados, hasta vencerlos también. La lucha con la democracia fué más bien un asalto, que concluye con un abrazo.

El partido progresista afirmaba, contra el

absolutismo, la monarquía constitucional, y contra la teocracia, la abolición del Santo Oficio de la Inquisición. Ambas cosas las vio realizadas, llevando á cabo además otras reformas sociales relacionadas con la Iglesia. Exterminio á los frailes.

El principio saliente y característico del partido progresista, es la soberanía nacional, entendida tal como entonces se entendía, como fuente de derecho y de poder, cosa que luego vino á rectificar la democracia afirmando que es fuente de poder y no de derecho.

La soberanía nacional afirma en la Constitución de 1812 y en la de 1837; se niega en la de 1845; se vuelve á afirmar en la de 1855 y en la de 1869, se niega en la de 1876.

Consecuente con el principio de la soberanía nacional, el partido progresista y con él D. Salustiano Olózaga, constantemente pedía una monarquía representativa constitucional y parlamentaria.

El sistema representativo, decía Olózaga, que era un medio de conciliar intereses opuestos, conservando las formas tradicionales exteriores, es decir, un medio de hacer que el rey sea un funcionario del Estado.

De aquí aquellas luchas contra el falseamiento de la monarquía constitucional sinceramente entendida, contra todos aquellos abusos que comenzaron á perturbarla, contra aquellos que llamó Luzuriaga *obstáculos tradicionales*, y que empezaron á manifestarse cuando la reina se negó á firmar la destitución de ciertos generales, cuando las crisis se hacían por motivos no conocidos, etc., etc.

La primera condición de un monarca constitucional, es que no sea rey de partido, cosa que nunca se ha conseguido en nuestra patria.

El partido moderado lleva á cabo en España una obra que ha sido de perdición, y todos los males que han caído sobre el país al partido moderado se deben.

La Constitución de 1837, hecha por los progresistas, era necesaria, porque no se podía aceptar el estatuto de 1834, especie de pacto entre la monarquía y el pueblo. El mismo Martínez de la Rosa declaró que la Constitución del 37 estaba hecha con los principios conservadores.

Y, sin embargo, se derogó y sustituyó con la de 1845, para negar la soberanía nacional, para abolir el jurado en materias de imprenta, para suprimir el principio del Senado electivo, para que las Cortes no intervinieran en el casamiento de la reina.

El gobierno moderado se sintetiza en estas palabras: militarismo, nepotismo, resistencia. La resistencia dió lugar á que Istúriz, un ministro conservador, dijera que fusilar no es gobernar; dió lugar á que Guizot, interpelado en las Cámaras francesas por las crueldades que se cometían en España, dijera que éramos un pueblo excepcional, de *instintos feroces*.

El período liberal fué un período de tolerancia de hecho; pero los pueblos no pueden contentarse con la tolerancia de hecho, porque necesitan de la garantía de la ley, á fin de que las libertades no caigan en las vueltas de un rigodon, como sucedió con aquel ministerio.

El partido progresista defendió siempre la descentralización administrativa, y la realizó en la ley de 1840.

En la cuestión social, impulsó las reformas que entonces se exigían, y que se sintetizan en las palabras desamortización y desvinculación, dejando la propiedad sometida á la legislación común y antigua, y resolviendo el problema social con arreglo á las necesidades de aquella época.

Estas reformas se juzgan con gran apasionamiento, principalmente por lo que toca á la desamortización eclesiástica que se califica de robo. Para emitir juicios sobre estas materias, ó se toman en cuenta las circunstancias históricas ó no se toman; pero lo que no se puede hacer es tomarlas ó dejarlas de tomar según convenga.

Cuando se dice que la desamortización fué

un robo, no teniendo en cuenta las circunstancias históricas, ¿qué resultaría aplicando el mismo criterio á la expropiación de los judíos, de los moriscos y de los indios, en nombre de principios religiosos?

Si se tienen en cuenta los principios entonces dominantes, se ve entre ellos el dominio eminente del Estado, y se justifica la desamortización.

Fué revolucionario el partido progresista, y de aquí esos pronunciamientos que nos han hecho célebres en el mundo.

¿Pero es el culpable sólo el partido progresista?

Esto de los pronunciamientos tiene su explicación en la situación que se creó del 14 al 20 y del 23 en adelante, dado el despotismo del Estado, eran legítimos, y después de establecido el régimen constitucional, siguió la tradición.

De los pronunciamientos no se puede culpar sólo al partido progresista, porque todos tienen el tejado de vidrio.

En los años que precedieron á la Revolución del 68, Olózaga estaba emigrado, y con su objetivo fijo de destruir á los Borbones, no vaciló un momento ni quiso renunciar á los medios de fuerza. En una carta de aquella época dice que todo lo que pueda impedir nuevas *sargentadas* será un bien para el partido; pero en otra dá á entender el empeño que tenía en que llegaran á un acuerdo los elementos liberales para que se llevara á cabo lo que después fué Revolución de Setiembre.

La lucha entre la democracia y el progresismo se resume en dos folletos: uno de Don Emilio Castelar y otro de D. Carlos Rubio. Olózaga no vió al principio con buenos ojos el desarrollo de la democracia, que traía nuevos ideales y nuevos principios.

Olózaga fué el jefe del partido progresista durante mucho tiempo, por más de que otros querían que lo fuera Espartero. Quizá si Olózaga viviera, decía el Sr. Azcárate, no consentiría que le diera este título de jefe.

En una carta dirigida al comité central, decía el grande orador, que no era jefe ni debía serlo, porque los pueblos, los partidos que tienen jefes, no son libres, deben tener sólo guías, que no es lo mismo que jefe: el jefe manda desde su puesto; el guía se pone delante. En Francia, añadía D. Salustiano, ha habido jefes; en Inglaterra no hay más que guías, *leader*.

Estas palabras deben tenerse en cuenta por la tendencia que se nota en la política española desde la Restauración acá, á convertir todos los partidos en partidos personales.

El partido progresista representa la tradición de los doceañistas, luchó por la monarquía constitucional, estuvo casi siempre alejado del poder, realizó grandes reformas y acabó por acentuar desde 1863 su actitud antidinástica.

En 1873, Olózaga moría diciendo que sentiría que sucumbiera la República, porque no quería ver á los Borbones sentados nuevamente en el trono de España.

Como partido, el progresista murió en 1868, como Olózaga murió como político en esta misma fecha.

Claro que no desaparecieron los elementos que componían el progresismo; pero se dividieron. Hoy el partido republicano progresista y el constitucional, pueden recobrar su representación; pero el segundo sólo hasta 1873, el primero desde 1812 hasta la fecha.

El Sr. Azcárate fué muy aplaudido al terminar su hermosa conferencia.

DON ALBERTO LISTA.

En el centro de la mesa de la cátedra, había un busto de bronce, á cuyo pié se leía esta inscripción: A. Lista.

Poco después de las nueve, se presentó en la sala D. Eduardo Benot, y sentándose á la derecha del busto, empezó su conferencia sobre el gran literato diciendo:

«Tengo el honor de presentaros á uno de los hombres más eminentes de la generación pasada, y de los que más han influido en la cultura de nuestra patria.

A poco de morir, sus facciones perdieron la deformidad cadavérica, y sus discípulos y amigos se apresuraron entonces á sacar un busto en yeso, del que había sido en vida D. Alberto Lista y Aragón.

Tres copias se sacaron de aquella matriz, una de las cuales se regaló al Colegio de San Felipe de Neri de Cádiz, fundado por Lista. De aquella copia procede este bronce, que regalo al Ateneo; porque yo ya soy viejo, y conviene que busto de hombre tan ilustre, se conserve en una corporación científica destinada á vivir vida secular.

Hace tres meses, me decidí á llevar á cabo el pensamiento, que mucho tiempo há tenía de fundir en bronce el yeso que conservaba, y encomendé la tarea al Sr. Arias, artista distinguidísimo, que al saber que yo lo destinaba al Ateneo, no ha querido cobrar nada por su trabajo; porque el Sr. Arias, si no es un Creso de fortuna, es un Creso de buen deseo y de amor á los hombres ilustres de su patria. Sean, pues, para el Sr. Arias, vuestros aplausos y vuestro agradecimiento, y no para mí.»

Estas son las facciones de D. Alberto Lista y Aragón, decía el Sr. Benot, señalando al busto que tenía á su izquierda, pero no su fisonomía; por que lo característico de ella estaba en su expresión.

No era alto el Sr. Lista; pero en cátedra se creía tanto que parecía un gigante. Su accionar era hermoso y moderado. Su extremada miopía le hacía no fijarse en nadie mientras hablaba; por lo cual su palabra parecía el verbo impersonal.

Su voz era reposada y lenta. Su recitación maravillosa, porque apoyaba las sílabas constitutivas de los versos, y la ritma sonaba como un clarín, salida de su boca.

Sea que explicase, sea que encantara con los rios de su erudición, no bien desataba los raudales de su elocuencia incomparable, se esparcía por la sala una atmósfera de respeto.

Era imposible olvidar cuanto decía. No buscaba los efectos con palabras sonoras ó períodos brillantes; penetraba como tornillo en la convicción.

¿Qué derroche de máximas, sentencias y pensamientos enteramente suyos derramaba sobre su auditorio, casi siempre compuesto de muchachos!

La historia de D. Alberto Lista, proseguía el Sr. Benot, es una variante de la historia de los genios, que nacen en la oscuridad y las privaciones, y mueren, en la frente orlada de un nimbo de gloria, sin ningún enemigo y honrados por todos.

Nació en Triana el año de 1775, el mismo día del mismo mes en que nació Virgilio, circunstancia que se complacía en recordar el señor Lista.

Su padre era tejedor de sedas, y él también se dedicó á este oficio durante los primeros años de su infancia.

Murió en Sevilla el año de 1848, viviendo por tanto 73 años. Sus restos reposan en las bóvedas de la Universidad.

Fué poeta, matemático, humanista, predicador, polemista, periodista y maestro, todo en grado eminente.

A los 13 años la Sociedad Económica sevillana le confió una cátedra de Matemáticas, en calidad de profesor sustituto, prueba irrecusable de una precocidad matemática verdaderamente fenomenal.

Este nombramiento no convirtió al niño en hombre, que era tan aficionado como cualquiera de los jóvenes de su edad á enredar y jugar, y toda la seriedad de la cátedra, la convertía en alborotos en el barrio.

En los teatros caseros representó con una habilidad superior á sus juveniles años, papeles de Lope y Calderón.

Nombróle el gobierno profesor de matemá-

ticas en San Telmo. En 1803 se hizo sacerdote e En 1808 le nombró el claustro de la Universidad profesor de retórica.

Su memoria era tan extraordinaria, que cuando estudiaba en la Universidad las carreras de filosofía y teología, arrancaba las hojas de los libros que estudiaba para saber donde había quedado, porque cosa que aprendía no se le olvidaba jamás.

Después de haber cantado en hermosos versos las glorias de la patria, se hizo afrancesado en 1810, cuando los franceses ocuparon a Sevilla.

Cuando la expulsión emigró a Francia, donde conoció a Meléndez Valdés y a Moratin, también emigrados como él y por la misma causa.

En Francia se mantuvo predicando, con muy mala pronunciación, porque aprendió las lenguas vivas como si fuesen lenguas muertas.

De vuelta a la patria, estuvo algún tiempo en Pamplona, y después se estableció en Madrid, explicando en un colegio geografía, matemáticas y literatura.

Por entonces publicó sus poesías y su tratado de matemáticas, bueno, no sólo para aquella época, sino en absoluto y para todas.

Fué redactor del periódico *El Censor*, que influyó bastante en los acontecimientos.

De 1822 a 1823 desempeñó la cátedra de literatura del Ateneo.

Emigró de nuevo a Francia, y publicó *La Estafeta de Bayona*, que le dió de comer mientras el gobierno permitió su introducción en España. También escribió entonces la continuación de la historia del padre Mariana.

Se le ofreció una mitra y la renunció para que el nombramiento recayera en un amigo suyo.

Durante mucho tiempo fué director de la *Gaceta de Madrid*.

Por último, el gobierno le nombró catedrático de matemáticas sublimes en la Universidad de Sevilla y canónigo de la catedral.

En nada sobresalió tanto D. Alberto Lista como en sus cualidades de profesor. D. Eugenio de Ochoa, en un juicio de este grande hombre, dice que había nacido maestro, como había nacido poeta. Nunca se hallaba mejor que cuando se veía rodeado de muchachos.

Los juicios del maestro ejercieron una grande influencia en el ánimo dócil de sus discípulos, que han ocupado después altos puestos oficiales.

Un historiador sagaz vería en Lista, más que un poeta excelente, un disector de ideas.

A Lista se debe el renacimiento de nuestro teatro nacional. Con sus lecciones en el Ateneo, restituyó su prestigio a nuestro teatro antiguo.

Sin Lista, hubiera sido imposible el centenario de Calderón.

Por modo muy poderoso ha influido Lista en la enseñanza en España.

Para poderlo apreciar debidamente, es menester saber lo que era la enseñanza antes de Lista.

Yo aprendí, decía el Sr Benot, las primeras letras en la mejor escuela de Cádiz, y allí sólo se enseñaba a leer escribir y contar. Matemáticas y lenguas vivas, sólo podían aprenderse entonces en el Consulado. Los dominicos y los dominos enseñaban latin, obligando a los alumnos a aprenderse largas listas de pretéritos y supinos. Geografía, Física, Historia Natural, esto no había donde aprenderlo en Cádiz, que entonces era una de las ciudades más cultas de España.

Tal era el estado de la enseñanza en 1838, cuando D. Alberto Lista fundó su colegio de San Felipe Neri, donde estableció un cuadro de enseñanza más completo que los mejores de los colegios de ahora.

Los planes de la enseñanza oficial en España hoy día, no son más que los de Lista muy mermados. Los autores de esos planes de la

enseñanza oficial fueron discípulos de Lista ó personas influidas por ellos.

Lista no tuvo en cuenta, de un modo matemático, que las facultades intelectuales no aparecen al mismo tiempo en los niños, y de aquí que no subordinara su plan de estudios al orden de operación de esas facultades.

Se resistía a creer que hubiera alumnos que no sirvieran para todo; quería que todos fuesen, como él, matemáticos y poetas.

Nunca sometió a sus alumnos a distintos procedimientos, según sus inclinaciones y aptitudes, y este defecto de su enseñanza se ha propagado a la enseñanza oficial de la actualidad.

El plan de Lista no es bueno sino para las inteligencias superiores.

No vió que el fenómeno debe presentarse a los alumnos antes que la ley, la idea antes que el signo, y no comprendió que en materia de enseñanza lo principal es el desarrollo de las facultades, y no la adquisición de los conocimientos.

Lista fué afrancesado. También lo fueron muchos más que hoy se tienen por honra de las letras españolas.

¿Debemos condenarlos? ¿Nos faltan acaso datos para formar juicio? ¿Quién puede decir lo que obligó a tantos hombres a pensar lo que pensaron?

¿Qué ideas maldecidas secaron en estos hombres los indómitos sentimientos de nuestra raza?

Creo que no podemos comprender, decía el Sr. Benot, lo que contagió a aquellos hombres. Las ideas y los sentimientos han cambiado mucho de entonces acá.

El Sr. Benot concluyó su conferencia diciéndole de Alberto de Lista: Adios, maestro incomparable. Salve, muerto inmortal.

La conferencia del Sr. Benot fué notabilísima y sumamente aplaudida por el público. El corte antiguo de su frase y de su oratoria dejó encantados a los hombres de esta generación nueva, que se creían trasportados a principios del siglo.

JERÓNIMO VIDA

BELLAS ARTES

EL SR. SANTAFÉ

Sin relieve de la escultura, sin la magia del color, sin la seguridad de las líneas de la arquitectura, sin la ideal suprema de la música, la orfebrería ocupa, sin embargo, un puesto honroso entre las Bellas Artes, por la delicadeza, finura y primoroso acabamiento de sus obras. Aunque el arte del orfebrista parece hermano del joyero, el primero es al segundo, lo que el retrato en lienzo a las fotografías en cartulina. El martillo es el principal colaborador del artista en orfebrería, un golpe más ó ménos, despedido con mayor ó menor fuerza: hé aquí la inspiración del que afligra la plata y el oro, traza sobre estos metales, arabescos de sueños y siluetas de figuras aéreas. Negar, pues, importancia a estos artistas, sería como poner en último grado de los esfuerzos humanos, la perfección de lo bello, depurado en lo precioso.

La orfebrería es, de este modo, una reconstrucción de belleza: es la cúpula de la capilla Sixtina, pintada por Miguel Angel, metida en un dedal. La antigüedad, predominantemente sintética, fué grande adoradora de la orfebrería. Sus ídolos no eran tan admirados por la idea teogónica que representaban, como por la sustancia y manera de que estaban formados. Contemos entre los ídolos las mujeres; éstas cuando asistían a los ejercicios gigantescos del circo, eran algo así como un museo de joyas, verdaderos prodigios del buril, que parecían emularse de línea en línea, de repujado en re-

pujado, de esmalte en esmalte, de arañazo en arañazo.

Siempre fué un arte de lujo. Floreció como es natural, en las ciudades más ricas. Bolognia, Milán, Génova, Florencia, Italia, Toledo y Sevilla, en España fueron centros propicios al desarrollo de la orfebrería, bajo el sol de aurora del renacimiento en Europa. No fué nunca, es verdad, un arte inventivo, de pujante originalidad; antes, como un espejo, reflejó en todo tiempo los gustos y tendencias de otras artes, especialmente de la escultura, con quien indudablemente, mantiene fieles relaciones.

Modernamente, pudo, durante algun tiempo, crearse vida independiente. Para ello, se desligó de todo ideal, aceptándolos y amalgamándolos todos. En una misma obra de orfebrería veíanse, según el capricho del artista, diferentes estilos. Luego, hubo como un acrisolamiento de procedimientos artísticos, lográndose realizar obras, sino colosales, bonitas, aceptables, no del todo reñidas con un principio superior de belleza. Vemos, así, en Francia, a Froment-Meurice, Vethe y Mayer, verificando productos artísticos de gran mérito en orfebrería de mesa y ornamentación. Desde los árabes, en España, ha tenido escaso cultivo. La fantasía era la única que sostenía este arte. El Sr. Santafé, con todo, ha venido recientemente a probar, con su rica colección de objetos de orfebrería, a qué altura se hallan estos singulares trabajos en Barcelona.

Desde luego, débese al Sr. Santafé, el perfeccionamiento de la oposición armónica de colores metálicos. No es ya solo atendida aquí la parte artística, sino la técnica y de pura perspectiva. Sin echar mano profusamente de las brillantes de la pedrería, empléase ésta, sin embargo, por el Sr. Santafé, con sobrio tino y acertada elección. Es, sobre todo, digna de nota, la maravillosa gamma de matices que se admira en las obras de este excelente artista catalán.

En todos los objetos artísticos que en breve serán expuestos en el escaparate del Sr. Isern, carrera de San Jerónimo, salidos de manos del Sr. Santafé, se observa una exquisita pureza de líneas, una sencillez en la composición y una preocupación tal de la forma, realmente extraordinaria. Ninguna de estas encantadoras composiciones recuerda género ó estilo conocido; en ninguna antigüedad hace invasión por medio de imitaciones más ó menos leales, como sucede en obras de la misma especie. Lo moderno, con sus refinamientos de detallado, con la elección sábia y experimentada de ideales de arte ya proclamados, al par que con sus esfuerzos por sorprender nuevos secretos de belleza, impera en las varias piezas de esta colección de orfebrería.

Admírase, entre otras obras, una arquilla para joyas regalo de boda. Es de plata pulida llevando en la tapa un primoroso bajo relieve, figurando dos cupidillos. Alrededor, nubes, palomas y flores. Es ésta una obra elegante, artística y acabada.—El bote para cigarros, así como la caja para tocador de señora, son igualmente dos notables productos de arte, en que un sencillo utensilio se convierte en maravilla, merced al trabajo del ingenio.

Véase también un hermoso y variado surtido de tinteros. Esa obra de empuje, la escribanía, coronada por la figura de la justicia. A su amplitud únese el contorno y la sagaz gradación de tintas en los metales. El tintero chino es un alarde de estudio oriental en que, sin caer en extravagancias, se llega a reproducir los caracteres brillantes de aquel estilo. Este tintero se halla terminado por una figura china de gran relieve.

En centros decorativos, posee el Sr. Santafé una positiva riqueza. Tanto el que ahora presenta como los que obran en poder de particulares, son otras tantas obras maestras. Imagínos por pié el fino cáliz de una larga azucena; encima, se extiende un plato, ya cuadrado, ya redondo, ofreciendo en su centro grupos de figuras, magistralmente unidas y delineadas. A este plato, añádense dos asas de trazos elegantísimos.

El distinguido artista Sr. Santafé, es maestro además en todas las diversas obras que pueden encerrarse en el vasto seno de la orfebrería.—Es famoso el buque en miniatura del vapor *Antonio Lopez*, dedicado al senador don Evaristo Arnús.—Son notables el laud, cruzado de hojas de laurel, y el pentágono, destinados á maestros compositores.—La plancha en que se inscribe como hijo adoptivo de Barcelona á Martínez Campos, es un modelo en su género por el severo adorno del marco, y la nitidez de los caracteres,

Escribiríamos una lista de objetos de orfebrería si citáramos las obras todas que llevan el nombre del Sr. Santafé. Anforas, vasos, cálices, artículos suntuarios, joyeros, veladores, bustos juegos de fumador, cuanto el capricho elegante ó el culto sagrado piden para su ornato ó recreo, ha salido del taller de este artista.

El Sr. Santafé es joven aún. Su talento solo puede ser comparado con su aplicación. Ya goza en Barcelona de envidiable nombradía. Es seguro que en Madrid adquirirán sus admirables trabajos, la aceptación con que recibela cultura toda cosa que es desde luego manifestación brillante de ella.

JOSÉ DE SILES.

¡ÁBRETE SÉSAMO!

En una de las lomas onduladas que ofrece el poco accidentado paisaje de la pequeña villa de Armónica, y en la ladera que dá al sol poniente, yacen medio tendidos en la yerba dos jóvenes; á ratos platican, á ratos fuman, y á ratos parecen embebidos en el silencio y apacible soledad que les rodea.

Es en Mayo y á esa hora en que el astro del día pronuncia su descenso tras de aquellas otras lomas lejanas que ocultan tantos misterios y guardan tantas esperanzas para las almas abiertas, ansiosas y llenas del porvenir.

La luz próxima á su ocaso, aparece más dorada; sus rayos se difunden prestando tonos calientes á las verdes praderas salpicadas de florecillas y de rojas amapolas, y dando al purísimo azul del cielo la profundidad que marca mientras la noche avanza aún lejana, esperando el color del horizonte y empujando la ténue sombra en busca de la luz que huye.

Ligera brisa embalsamada mueve apenas el ramaje de los chopos á los que parece sortear jugueteando, tortuoso y cristalino arroyo, que con sus ondas que se atropellan murmurantes cuenta la eterna historia de todo lo que pasa, de todo lo que huye, de todo lo que se pierde, apareciendo en sus giros, esmaltes, murmullos y alegre ligereza como exacto reflejo de la vida fugaz que brilla un momento al sol de la esperanza y desaparece en el océano del olvido y de la muerte.

El piar penetrante de los pájaros á esa hora de la tarde cuando ya rondan los nidos de su amor; el eco monótono del cantar que se alía en el surco del trabajo; la esquila del ganado que lleva en su sonido toda la paz melancólica y tersura tornasolada del idilio, el ladrido de algun perro y ese solemne rítmico zumbido que en el seno de la naturaleza oye siempre el alma que medita, constituyen el serenísimo conjunto de este cuadro de colores hondos impregnado de ligera ventura.

El espíritu tiende las alas y espacia sus intimidades.

—¡Hora sublime en que se siente á Dios y se vé girar al universo!

—¿Con que di, mi amigo, tal es tu determinación?

—Inquebrantable.

—¿Es posible que tu voluntad débil y tu alma distraída tengan alguna vez propósito inquebrantable?

—Cierto que soy débil, que siempre he cedido, que jamás he usado de carácter, pero dime, ¿para qué quería yo todas esas condiciones que indican ánimo y virilidad, si ese ánimo y esa fortaleza no podía aplicarlas sino á pequeñas y mezquinas realidades con exposición de sacarlas de quicio y de mellar en su

pequeñez mi intención dura y resuelta? Yo soñaba, yo sueño, ¿para qué quería la fortaleza?

—¿Y ahora?

—Ahora sí, ahora la quiero en pró de la idea que ha inflamado mi vida, que la ha encendido con un haz de fuego sagrado.

—Es una imaginación.

—No, es una idea que exige una fuerza, que pide un arranque.

—Sí, amigo mio. Creo haberme hecho hombre al interesarme por lo que antes no me interesaba; creo haber salido de la pequeña patria en que antes deslizaba mi vida soñadora é ingresado en la gran patria, en esa patria que hace de la humanidad una familia, de la igualdad un código, de la fraternidad una religión, de la libertad un amplísimo seno en que todos confundidos respiren el ambiente de justicia.

—¡Ideólogo! ¡Ideólogo!...

—No, soy un pequeño corazón, soy un pequeño pensamiento que quiere luchar y verse entre los grandes corazones y los grandes pensamientos.

—Te quebrantarán.

—Es fácil, pero ya llevo la idea de que luchar no es vencer aunque es el camino que conduce á la victoria.

—Tienes fé, pero temo por tí; tienes un corazón generoso, un alma llena de nobles esperanzas, pero tiemblo que esa pureza la empañe el menor vaho venenoso de egoísmo, la nieve deja de ser pura apenas la tocan.

—Renunciar á la lucha es renunciar á la vida, y la vida inspirada en una gran idea, es una vida hermosa y la idea es perenne, la quebrantan pero al choque salta la chispa.

—Querido mio, eres un verdadero poseído, un alma que vibra iluminada por esa bella ilusión del porvenir. Todo lo grande, todo lo hermoso ha encontrado cabida en ese espíritu inflamado de inspiración y poesía. Pero te meces muy alto todavía, no ves más que nubes y fantasmagóricas lontananzas. Desciende, amigo mio, descende un poco y verás los guijarros, descende más y te herirás con ellos.

—¡Desciende! ¡Desciende!... Déjame saturar de ambiente, de idea pura, de sustancia única, déjame admirar el conjunto, déjame embeberme en la bella esencia. Ya descenderé, y dejaré girones en las zarzas del camino y me llagaré los pies en los guijarros, que esa es la realidad; pero sobre esa realidad que hiera, llevo mi cabeza sana que busca el remedio, que presta poesía á la espina y al guijarro y concluye por hacer beneficioso lo que antes era dañino. Esa es la obra inteligente del hombre que siente y ama.

—¡Bello, bello! mi pequeño Cristo. Te arrastra lo bello y tu espíritu poético encuentra tornasoles en el fondo de las tinieblas con la facilidad que el sediento vé agua en el arrenal abrasador. ¡Bello, bello, mi pequeño Cristo!

—¡Mi pequeño Cristo!... Oh, no, no tanto, soy un oído que oye armonías y se deja llevar al sitio de donde vienen, soy una pupila que distingue juegos de colores y se clava curiosa en ellos; soy un corazón que siente las palpitaciones de un mundo que rie mientras cava la tierra y llena con besos y canciones el hoyo que cava y suaviza con sus alegrías las asperezas y deja tras de sí la huella luminosa, escala de Jacob, que de Dios parte y formando inmensa comba á Dios vuelve. Es el eco del mundo que me llama y á el voy con el equipaje de todo hombre honrado: una palabra de amor en los labios, y una voluntad propicia al bien.

—Hermosa es tu doctrina y me siento sensibilizado ante la magia de esa idealidad que se hace volar hacia el sol, pero yo quisiera templar ese arrebato, esa exaltación, que acaso fuera imprudente darla rienda.

—Es, precisamente, es la fuerza, el entusiasmo.

—Pero dime, y todo eso que te inspira ¿no cabe en la pequeña patria, que tú dices? ¿En aquel rincón que desde aquí vemos, del que se levanta azul humareda, en este horizonte que contemplamos; sobre estos campos y colinas?

—¡Ah! querido mio: ¡qué bella es la pequeña patria! En esta pequeña patria dejo yo mi

pequeño corazón que ha palpitado á la voz de la madre, que se ha columpiado con el monótono estribillo que acompaña á la cuna, que se ha estremecido al canto del gallo, que se ha recogido al sonar de la campana, que ha llorado, que ha reído, que ha sentido los primeros amores y ha dictado las primeras poesías... Ese pequeño corazón nostálgico, que no puede volar porque se acongoja al perder de vista al campanario y vuelve todo cuitado y estremecido á caer en el regazo de besos y amorosas reconvencciones. Ese pequeño corazón en el que dejo á la pequeña patria. ¡Oh, qué bella es la pequeña patria!...

—¡Ah, mi Dios y que hermosas intimidades despierta tu palabra caldeada y amiga! y de veras le irás dejando ese pequeño corazón.

—De veras; si mi pequeña patria no me necesita, sea yo útil á esa gran patria á que mi espíritu me arrastra. El humo de mi aldea se confundirá en el espacio con el humo de otras aldeas, y junto el de todas formarán la nube protectora. Yo me confundiré con los hombres de otros horizontes y estrecharemos nuestras manos y cambiaremos nuestras amistades.

—¡Ah! mi amigo; esa inspiración que te anima ha hecho palpar mi espíritu apegado al terreno. Yo no puedo, no puedo seguirte, estoy obligado á este cachito de tierra y he de cumplir con mi pequeño trabajo; pero yo te seguiré con el alma, recibiré tus entusiasmos y tus desfallecimientos, y te escribiré siempre de la pequeña patria para que su recuerdo orete tu vida, y su paz te infunde confianza serena, y su modestia te haga evitar vanidades. Yo te escribiré del pequeño corazón que aquí dejas. Véte y trabaja; vés al mundo, vés á llamar á su puerta encantada, á pronunciar el «Sésamo» del cuento árabe, ¡Dios te guie! pero si el mundo te niega, si el mundo te rechaza, si en la lucha te quebranta; vuelve con el ala rota á piar sobre la rama en que lanzaste el primer gorjeo, vuelve á la pequeña Armónica, vuelve á la pequeña patria, vuelve á depositar un beso sobre el pequeño corazón que dejaste...

—Ah, ¡qué bella es la pequeña patria!... El sol se hunde tras la olmeda que aparece como un calado de fuego. Sol que alumbraste mi primer día, acompáñame con la luz que ilumina este horizonte bendecido, que tus rayos se estrellen en mi frente con la misma alegría que en aquella hora de amor; ¡oh sol! que caldeaste mi cerebro é hiciste saltar la llama de mi entusiasmo, no permitas que se apague y mi alma queda aterida; ¡tú oh! sol serás mi guía, hácia tu luz camino y tú, iluminando á la patria infinita, me recordaras á la pequeña Armónica, cuando al llegar á tu ocaso te ocultas tras la umbria y descienes por la colina de las amapolas. ¡Que bella es la pequeña patria!...

Hé aquí el primer capítulo de una novela; capítulo que se repite continuamente y que el indiferente y el empequeñecido leen sin comprenderlo acaso. Y es hoy quizás, más que nunca cuando se presta á la meditación. Una luz de redención ha aparecido en el horizonte de la vida. Las instituciones políticas caducas, los fundamentos de religiones limitadas, aparecen carcomidos, ennegrecidos, agrietados y débiles ante los resplandores nuevos. Se ha visto la podredumbre, se ha visto el misterio que sostiene la aparatosa y respetada tradición que tantos privilegios cobija, que tantas injusticias alberga, que tantas intolerancias apadrina. Todo lo que ha sido y es todavía está próximo al derrumbamiento. Las lagartijas huyen, los buhos se esconden, los murciélagos caen atontados; el mohoso mueblaje del antiguo palacio se resquebraja, ha empezado á desprenderse el polvo de los siglos, las altas torres se desmoronan; el musgo verdeguea en las ruinas; es algo de la vida nueva que no puede desprenderse de lo viejo.

La revolución que se realiza abre inmensos é iluminados horizontes; las almas se engrandecen; una llama de amor difunde sus calidos alientos á los más recónditos antros. Allí donde el oxígeno falta penetra una oleada de em-

balsamado ambiente. La vida se agita, la vida bulle, la vida sonríe palpitante, estremecida, libre y querenciosa. ¿Qué pasa? Es el derecho, es la dignidad humana, es la democracia.

Mirad esa juventud que avanza hacia la luz que vivifica. Trae la frescura en el corazón, trae la poesía en el alma, trae la palabra ardiente en los labios. Vienen á escuchar el nuevo evangelio, vienen sedientos de doctrina, ellos son la fuerza; ellos el entusiasmo, ellos el porvenir. Han salido de las pequeñas Armónicas atraídos por misteriosos ecos de redención y libertad, y convencidos, resueltos, embriagados de ilusión van á pronunciar la frase mágica, van á exclamar «ábrete, Sésamo»

JAVIER MONTALVO.

BABILONIA

(ESTUDIOS HISTÓRICO-ARQUEOLÓGICOS)

I

Pocas ciudades habrá en el mundo que cuenten la antigüedad de Babilonia.

Roma, la ciudad incendiada por el déspota; Pompeya, el pueblo sepultado bajo la ardiente lava del Vesubio; la corte que fué de Trajano; Civitas-Pacis, donde tenía sus cuarteles Viriato; Cadix, Taharsis, Troya y otros pueblos cuya historia se pierde en la oscuridad de los tiempos, ninguno es más célebre ni más antiguo que la memorable Babilonia, ciudad famosa del oriente, situada cerca del caudaloso Eufrates, más arriba del punto en que este río se une al imponente Tigris.

Nemrod, ó según otros, Babilón, su hijo, la fundó, y hermosearon despues todos sus descendientes, significándose entre ellos la tan famosa Semíramis.

Es de señalar la época de Babilonia en las antiguas tradiciones. Elevada la ciudad al rango más opulento; inspirado su gobierno en las primitivas leyes del oriente, sus habitantes vivían sin pudor en la vida material. Sus virgenes eran sacrificadas delante de la concurrencia en las plazas y en las calles; sus jueces condenaban á muerte los lisiados por imperfección, mientras establecían profusamente mil lupanares donde se fomentaba la inmoralidad, dando larga á las pasiones más desenfrenadas.

Sodoma y Gomorra, las ciudades abrasadas por el fuego de Dios, quizás no fueran tan libertinas como Babilonia, que convidaba al mundo entero á vivir en la disipación y la locura. A estos placeres desenfrenados debió Babilonia su engrandecimiento.

En su apogeo tenía siete leguas (35 kilómetros) de circunferencia, y eran dignos de admirarse sus magníficos jardines aéreos, el palacio de los reyes, el puente sobre el anchuroso Eufrates, la torre del observatorio y los acueductos y murallas.

De todas estas grandezas antiguas verdaderas joyas para la historia de la arqueología y del arte, sólo quedan hoy algunas ruinas diseminadas en las márgenes del Eufrates, y unos cuantos cuerpos de la famosa torre, cuya celebridad es eterna, y como tal llegará hasta las últimas generaciones.

Debemos dar aquí algunas noticias sobre su fundación, su estado y la condición de sus obras; noticias sumamente importantes en estos momentos en que la arqueología está tomando grandes proporciones en todo el mundo de ambos continentes.

II

Según la *Biblia*, muchos años despues del diluvio universal, los hijos del patriarca Noé se multiplicaron de tal modo, que no podían vivir juntos en un mismo lugar ó reino, y algunos de ellos estendiéronse por la Assiria, que era donde estaba Babilonia, y concibieron un proyecto, que prueba su locura al mismo tiempo que su tonta vanidad.

Dirigidos por Nemrod, empezaron á edificar una ciudad, con el fin de perpetuar su nombre, y en medio de ella una torre tan alta que tocara al cielo, para que los defendiese del poder del mismo Dios en caso de otro nuevo diluvio. Pero el Omnipotente, que se rie de los

designios de los hombres, confundió el idioma de aquellas gentes en términos que, no siéndoles ya posible entenderse unos con otros, se vieron obligados á separarse y vivir dispersos sobre la tierra.

Entonces la obra de su vanidad quedó sin concluirse, y se le dió á la torre el nombre de Babel, que significa confusión y desbarato, y por la tierra se esparcieron aquellos hombres formando pueblos ó tribus, y hablando en cada una de estas distintas lenguas; lo cual enseña á las naciones, que es obra de Dios tanta diversidad de idiomas, y la gigantesca torre, efecto de los siglos que han transcurrido y de las guerras sostenidas en aquel país, se ha destruido alguna parte principal de ella.

Por un curioso viajero, que todo Oriente ha recorrido hace poco, sabemos que el orgulloso monumento ha perdido seis de sus ocho pisos; pero los dos que quedan se divisan desde la distancia de 80 kilómetros á la redonda. La base, cuadrangular, tiene 192 metros para cada ángulo.

Los ladrillos que le forman son de un barro muy puro, y tienen un color blancuzco, apenas tostado por un leve tinte rojizo.

A la luz del sol y en conjunto, todo el monumento toma un color más subido, y tan delicado, que ni el mismo Velazquez sabría imitarlo.

Antes de cocerse estos ladrillos fueron cubiertos de caracteres, trazados con la seguridad de mano de un calígrafo. Los palotes se pierden en su extremo en unos agujeros que hay al extremo superior de las letras. Es un trabajo ejemplar, limpio en su estilo, regular en su forma, y de un gusto puro y severo oriental en sus primeros tiempos.

El betún que sirvió de cemento, y que subsiste todavía a poca distancia de la torre, mana con tal abundancia, que al poco trecho forma un verdadero río, que hasta llegaría á invadir otro inmediato, si los habitantes no se apresuraran a contener la invasión, incendiando las olas de betún mineral.

Entonces se aguarda tranquilamente á que el incendio cese por falta de alimento.

Pero lo que más sorprende de ese país es ver todavía en pié todas las costumbres pasadas.

Se encuentran las caravanas de peregrinos que van á los sepulcros de Daniel, Jonás, Miqueas y Naliám.

Las diez tribus cautivas en tiempos de Salmanasar continúan en el país, y todas las familias de las diferentes tribus cautivas en tiempos de Nabucodonosor no volvieron á Jerusalem, y se aumentaron con Judios que regresaron á Assiria.

Pues bien, parece mentira: el odio de las dos razas continúa subsistente, como en España sucede aún con los moros y cristianos, y muy especialmente con los de la parte del imperio de Marruecos.

Ambas tribus, la de Jerusalem y la de Salmanasar, aún no se unen desde los tiempos de Nabucodonosor.

Samaria sigue odiando á Jerusalem. Todavía se ven las magníficas ruinas del palacio de la reina Semíramis.

Desde la cima de una montaña, construida por la mano de los hombres, se puede apreciar en conjunto los restos de la antigua ciudad, y este monumento raro domina las soledades imponentes del lago de Vau, que es seis ó siete veces mayor que el de Ginebra y el de Como, en Italia.

Las antiguas tradiciones del Oriente nos recuerdan que Darío empleó varios días trescientos mil ó más hombres en nivelar el llano, y en cortar todo lo que pudiera poner obstáculos al paso de su caballería y á sus carros de guerra.

Napoleón se apeó una vez para estudiar este célebre sitio, y su comitiva hizo lo propio, no permitiendo la etiqueta turca que ningún otro estuviese montado.

Pero después, para cruzar el llano, volvió á montar á caballo, y la comitiva hizo lo propio, excepto un turco regordete, que sudaba el quilo, y parecía echar los bofes si seguía á pie.

—¿Vas á pie, quizás, por hacer ejercicio? le preguntó Napoleon, condoliéndose tal vez de verle tan fatigado.

—No, contestó el oriental; pero no puedo montar á caballo, pues necesitarianna piedra para alcanzar al estribo.

—Pues búscala.

—¿Señor! ¿Y quién es capaz de encontrar una piedra en todo el valle de Gangamel?

Tales son, pues, los hermosos llanos construidos por orden del famoso Darío.

III

Todas las cercanías de Babilonia estan convertidas hoy en parásitos y estériles terrenos. Respecto á su geografía, era región de la antigua Asia, en la Assiria, cuyos límites eran: al Norte, la Mesopotamia; al Oeste, la Arabia desierta, y al Este, la Usiana.

Hoy se llama Irac-Arabia.

Babilonia esperiméntó casi todas las vicisitudes de los grandes imperios del Oriente, cuya capital fué por muchos siglos, y recibió leyes de los asirios, de los árabes, de los persas, de los griegos, de los romanos, etc., y siguió la suerte que ha cabido después á todos los pueblos del Oriente.

Alejandro el Magno murió en ello.

Antes de las sangrientas guerras de Troya, en Babilonia y sus pueblos y ciudades más cercanas, imperó el comunismo más despótico y aterrador que han conocido las naciones, y de cuya escuela brotó poco después el gobierno de Esparta, dado por Licurgo, gobierno muy funesto por sus leyes sobre el pudor y los casamientos, principales causas que envilecieron á Babilonia.

Empezó la decadencia de este pueblo cuando las guerras del Peloponeso, y muy especialmente desde que Seleuco, sucesor de Alejandro Magno en el imperio del Asia, la abandonó. Desde entonces fué perdiendo Babilonia todo su esplendor y magnificencia de una manera casi insensible hasta quedar reducida á lo que hoy es: una serie de escombros regados por las anchurosas márgenes del Eufrates.

¡Oh designios de Dios, que admites estas variaciones en la historia de los pueblos; historia que es igual á la de no pocos hombres!

Respetemos estas trasformaciones misteriosas que nos guarda la historia, y hagamos por trasmitirlas á las generaciones venideras, para que aprendan nuestros hijos que nada hay estable en el mundo fuera del poder de Dios.

NICOLAS DIAZ Y PEREZ.

LA CHISPA ELECTRICA

I

Muchos años han transcurrido; y sin embargo no se ha borrado de mi mente el grandioso espectáculo que presenciaron mis absortos ojos, cuando por primera vez tuve ocasión de observar una descarga de la electricidad atmosférica.

Hallábame habitando accidentalmente en una casa de campo, desde cuyo terrado se descubría un dilatado horizonte, limitado en uno de sus lados por un extenso y bién poblado pinar. Era una tarde del mes de Julio, y el cielo se hallaba cubierto por densos nubarrones, cuando oí decir á los moradores de la casa que todos los indicios presagiaban una grande y próxima tormenta. Con la curiosidad peculiar á todos los niños, deseé presenciar desde el terrado el espectáculo que la pródiga naturaleza nos deparaba: al efecto, solicité permiso de mi madre para subir á él y despues de insistentes ruegos pude conseguir mi objeto.

Cuando ascendí al terrado, la lluvia que, había empezado á caer hacía rato en forma de gruesas gotas, arreció aún más. Lejanos y prolongados truenos dejábanse oír, y los cárdenos relámpagos iluminaban á cortos intervalos el plumizo horizonte por la parte del pinar. Sobre este se extendía una ancha nube de color tan oscuro, que parecía enteramente que estaba formada de pizarra. Pocos minutos hacía que me encontraba en aquella altura, cuando una súbita claridad, tan intensa que me obligó á entornar los ojos, iluminó el espacio, y partiendo

del seno de la densa nube que se hallaba sobre el pinar, rasgó los aires una luminosa cinta, que fué á sepultarse entre los frondosos pinos.

Al mismo tiempo, el sonido de un espantoso trueno dejóse oír, pero con tal intensidad y de tan prolongado redoble, que acabó de atemorizar á mi espíritu, ya acobardado.

Sin aliento y trémulo, descendí de mi infantil observatorio, yendo á buscar un refugio á mi pavor en los brazos de mi madre; mas apenas me hube repuesto de mi susto, manifesté mis deseos de conocer la causa de aquel fenómeno.

Cumplidamente los satisfizo mi respetable abuela, explicándome que aquello no era más que una débil manifestación del poder y la cólera de Dios, que hartó ya de las mil picardías que continuamente cometen los hombres, les manifestaba así su enojo, escitándoles á abandonar la senda del pecado, por temor á su poder inmenso. Hube de preguntarle también, de qué se hallaba formada aquella serpiente luminosa que yo había visto descender de la nube; y contestóme que era una gran piedra incendiada que arrasaba cuanto á su paso se encontraba. Satisfecha mi imaginación infantil con esta explicación, quedéme pensando en el poder tan formidable de aquel Dios, que disponía á su antojo de la naturaleza, con el solo y único objeto de dar á los hombres un aviso.

Desde entonces, cuando por acaso me sorprendían los fragores de una tormenta, corría apresurado á hacer coro en los rezos de las mujeres de mi familia, que suplicaban á *Santa Bárbara* y al *Santo Fuerte* que *aplacasen sus iras* para con la humanidad.

Cuán lejos me hallaba yo en aquellos tiempos de sospechar siquiera que, al dar crédito á las piadosas supersticiones de mi abuela, caía en el mismo error en que habían incurrido todos los pueblos de la edad presente y aun los de la más remota antigüedad. Y cuán lejos yo de creer también, que el mismo fluido productor de aquel fenómeno que tanto me atemorizó, corría humilde con velocidad inmensa por delgados hilos metálicos, llevando á remotas regiones los pensamientos y órdenes de los hombres.

Para probar á mis lectores que es perfectamente cierto que en todos los pueblos, modernos ó antiguos, han existido preocupaciones y supersticiones sobre las chispas eléctricas, voy á citar unas cuantas que les será quizá curioso conocer.

Creían los Romanos que los rayos eran el fuego sagrado de Júpiter, y á pesar de ser entre ellos costumbre destruir los cadáveres por el fuego, rehusaban quemar los de aquellos que habían sido heridos por el rayo, pues consideraban sería un sacrilegio hacer arder con un fuego mortal á los que habían experimentado el divino del Padre de los Dioses. Era costumbre también entre ellos que los lugares que habían sido tocados por el rayo, se tornasen sagrados y públicos, fundándose en que á todos debía ser permitido adorar á la divinidad, allí donde se había revelado.

Cosa generalmente sabida es, que el mitológico dios Vulcano se dedicaba no sólo á forjar las armas de los dioses y héroes, sino que también era el fabricante (llamémosle así,) del rayo; pero lo que no sabrán quizás todos mis lectores es, que en las fraguas de este dios existían tres obreros, cada uno de los cuales era una especialidad en esta clase de trabajos. Brontos llamaban al que con más perfección, limpieza y de mayor tamaño fabricaba el ruido del trueno; Astrapes era el encargado de hacer la materia fulgurante y, por último, Pyramon tenía su especialidad en la confección de los rayos con bolas (bóvidos ó aerolitos.) Los magos Persas hicieron aún más que los Romanos, pues consideraron el rayo como la divinidad misma y prestaron adoración con sagrado respeto á su fuego.

Muchos otros pueblos de la antigüedad podríamos citar, no haciéndolo por no pecar de difusos; y pasaremos á buscar el origen de las preocupaciones que aún se alimentan entre muchos católicos fervientes.

Entre el pueblo de Israel existía la creencia

firmísima que el rayo era de origen divino y como prueba de ello citaremos el versículo 23 del capítulo IX del Exodo que dice «Y extendió Moisés la vara hacia el cielo y el Señor dió truenos y granizos y relámpagos que discurrían por la tierra de Egipto.»

Esta creencia consignada por el Antiguo Testamento encontró firmísimo arraigo en el catolicismo de los pueblos modernos, hasta el punto de que aun hoy mismo que está plenamente demostrado por la ciencia cuál es el agente productor de las atmosféricas descargas, y hoy que sus destructores efectos se previenen por medio de los para-rayos y que, hasta en las escuelas de instrucción primaria, se explican las causas de estos fenómenos, se cree aún por muchas personas en la influencia de los santos y de ciertas velas y palmas para contrarrestar sus peligros.

Efecto es esto no más, de la tendencia oscurantista de cierta clase de la sociedad, que vé un peligro para su poder, en negar la intervención divina en los fenómenos de la naturaleza; pero nosotros alentamos la esperanza de que, en tiempo no lejano, desaparecerán estas absurdas y ridículas supersticiones, para dejar paso á la luz de las verdades científicas que se hallan tan plenamente evidenciadas.

En un próximo artículo, trataremos de demostrar estas verdades en lo que conciernen á el asunto que nos ocupa, exponiendo á su vez los remedios y precauciones que la ciencia aconseja, procurando con ello como humilde obrero, llevar nuestro grano de arena á la gran obra del progreso humano.

JUAN SANCHEZ VILLEGAS.

LA PLUMA

I

Tengo vida en el mundo de la idea y me halagan el genio y el talento: á mí me rinde culto el pensamiento que en la mente del hombre centellea.

Y ya el presente mi poder emplea en matar al pasado y su cimientó; ese negro pasado tan violento que, cercano su fin, gime y golpea.

Rasgué feliz de la ignorancia el velo y retraté del hombre las pasiones, yo presto á los caídos el consuelo,

Me temen los verdugos de naciones más que al fuego y al son de los cañones, á mí... que un ave me bajó del cielo.

LA ESPADA

II

Soy hija de Vulcano, y de la tierra en las negras entrañas me buscaron; en mi bruñido cuerpo se quebraron los destellos del sol: amo la guerra como la planta al tronco, que se aferra: imperios á mi paso se humillaron, los hombres mis hazañas ensalzaron y la historia en su libro las encierra.

Me miro postergada y abatida; la pluma me venció; pero no en vano el hombre me concede sus honores.

Si el poder de la pluma hay quien olvida, sé cortar la ambición de algún tirano y ensangrentar el rostro á los traidores.

ANTONIO R. GARCÍA-VAO.

ANALES DE LA ASOCIACION TAQUIGRÁFICA

Su origen es tan remototo y tal la confusión y oscuridad que envuelve, que con los datos que los tiempos nos han trasmitido es imposible fijar de un modo determinado y concreto la época en que apareció este invento, el desarrollo progresivo que ha obtenido hasta producir las maravillas caligráficas que hoy conocemos,

Muchas son las opiniones de los sabios y las tradiciones y fábulas de los pueblos primitivos sobre el origen de la escritura, pues la notabilidad de este invento llegó á preocupar de tal modo á los antiguos, que cada cual le suponía invención de su divinidad.

Grandes y muy frecuentes han sido las vicisitudes por que ha atravesado en los distintos periodos históricos el ejercicio de la escritura, y la estimación que se ha hecho del trabajo de amanuense, ya considerándole como noble ocupación, ya menospreciándole como indigno de las elevadas clases sociales. Entre los hebreos los intérpretes de la *Sagrada Escritura* eran los que hacían de copistas y trascibían los ejemplares de los escritos.

En Italia, hacia el tiempo de la fundación de Roma, no tuvo la escritura excelencia ninguna, á causa del espíritu guerrero y conquistador que dominaba en aquel pueblo. Sus caracteres, sin embargo; aunque con lentitud, fueron adquiriendo bastante desarrollo.

En tiempos posteriores fué considerada como ocupación propia de los esclavos (1), á quienes confiaban la copia de libros y documentos, lo mismo que el miniarlos, cubrirlos y prepararlos. Estos esclavos eran muy considerados y apreciados, hasta el punto que, según Séneca, un tal Calvisius poseía once esclavos que eran excelentes copistas y que le costaron 100.000 sextercios (100.000 rs. próximamente). Como esto se hacía á mano, dió lugar á incorrecciones, errores inevitables y tergiversaciones caprichosas; de manera que el que deseaba poseer una copia íntegra y textual, en vez de confiarla á los clavos y copistas, lo hacían con su propia mano, según lo practicaron algunos literarios y gramáticos.

Los romanos fueron también los inventores del sistema llamado de *siglas ó singulas*, y que se reducía á usar la primera letra de cada voz, como se observa hoy en las infinitas inscripciones y medallas romanas en que se usan más que las iniciales, por lo cual su interpretación es muy diversa, haciendo difícil el conocimiento de su verdadero texto y sentido.

Este sistema fué establecido por los funcionarios públicos, los cuales, por ganar tiempo y conseguir brevedad en sus trabajos, convinieron en usar abreviaturas para los nombres, apellidos, decretos públicos y ciertas fórmulas legales, cuyo uso y significación les era común. Pero á estas *singulas* ó abreviaturas públicas se juntaron tantas otras inventadas por el capricho de los eruditos y estudiosos, que produjeron una verdadera confusión, dando por resultado que el emperador Justiniano prohibiera su uso en los actos judiciales y en la compilación de las leyes.

De este sistema de singulas nació la Taquigrafía, esto es, el arte de escribir tan pronto como se habla, por medio de signos ó señales de facilísima ejecución, cuyo significado era de gran valor. Carlenas, en el tom. II de su *Ensayo sobre la historia de las bellas artes*, nos dice que se inventó en el siglo de Augusto.

Acerca de su inventor hay opiniones, Plutarco dice que la inventó Ciceron (2) en la época de la conspiración de Catilina.

Se suele decir también que el uso de estas notas ó manera de escribir era ya conocido por los griegos y que entre los romanos fueron inventadas por Eunio y perfeccionadas por Tiron.

Otros dicen, y es la opinión más autorizada, que el inventor de esta maravillosa manera de escribir fué Tiron, liberto de M. T. Ciceron por

(1) En comprobación de esto recordamos á Esopo, que dedicado al oficio de amanuense, adquirió con su estudio y aplicación los conocimientos que le valieron un puesto en la república de las letras.

(2) Ciceron nació el 3 de Enero, 674 de Roma, según nos dice el mismo en su *Epistad Attic.* 7, 5 et 13, 42. *III nonas Jan. natali meo*; esto es, ciento siete años antes de la venida de Cristo, y el mismo año en que nació Pompeyo.

lo que á sus signos y notas se les llamó tironianas. Mecenas, protector de este sistema de escritura, hizo que su liberto Aquis publicase estas notas. Perunio, Pilargio, Paunio y Séneca, cincuenta y cuatro años antes de J. C., fueron famosos taquígrafos entre los antiguos.

Suetonio Tranquilo, que vivió en el siglo II, dice que el emperador Tito, año 79 de J. C., era tan hábil taquígrafo y tenía tal afición, que muchas veces se complacía en competir con sus mismos secretarios.

La Taquígrafia llegó á ser muy corriente en Roma, de tal manera, que la ejercitaba toda la juventud, siendo pocos los particulares que no tenían un esclavo ó doméstico versado en ella.

Plinio, el Joven, llevaba en sus viajes un taquígrafo, al cual le dictaba sus impresiones.

De este sistema de *notas* se derivó el nombre de Notario, aplicado á los que tenían que recoger las decisiones del Senado y de las asambleas públicas, á los que tenían que dar testimonio de las últimas voluntades, y más tarde á los encargados de poner por escrito cualquier determinación que interesara á la fe pública.

En el siglo IV era tan necesario á los notarios conocer este sistema, que se enseñaba en las escuelas, y cuando San Cipriano lo adicionó con algunas notas más, contaba 5.000 signos. Orígenes, San Agustín y San Jerónimo nos hablan de los taquígrafos.

Durante la Edad Media, la Taquígrafia cayó en tal desuso, que en el siglo X era casi desconocida; sin embargo, en el siglo XI se citan casos en que se usó. Aún hoy se conservan manuscritos en notas tironianas (1).

En el imperio de Constantinopla, en que se hacía gran estimación de la escritura, y había mucha afición á las obras escritas con preciosos y buenos caracteres, cuya hermosura y preferencia aumentaron, llegaron á ser muy estimados los *taquygraphos*, *calygraphos* y *chyrographos*.

Los primeros eran los que escribían de cursiva ó sea tan pronto como se habla; los segundos, de pulso, y los terceros; los que se empleaban en hacer las letras de oro y de colores en los escritos más delicados y curiosos. Estos últimos eran los más celebrados.

Los emperadores Anastasio y Teodosio Adramitino habían sido *chyrographos* antes de ascender al imperio.

En el siglo pasado llegó la Taquígrafia á una gran perfección en Inglaterra, donde fué practicada mejor que en otra parte del mundo, por afamados maestros.

Francia, necesitando de veloces manos que trasmitiesen á las masas, en los tiempos de la Asamblea constituyente, las trabajos legislativos de sus representantes, la acoge bajo su protección y la aclimata en su suelo. El escocés Ransay dedica en 1681 á Luis XIV un tratado de Taquígrafia que no es otra cosa que la traducción del método de Shelton, autor de una de las mejores teorías inglesas de aquella época. Coulon de Thevenot, redactor de un diario en 1792, imagina una escritura abreviada, pero no es aún bastante, y su ineficacia la demuestra el hecho deplorable de no constar sino en extractos imperfectos las ardientes inspiraciones de Mirabeau, Vergniaud, Barnave, etc., Bertin, finalmente, introduce en Francia, por la misma época, el método inglés de Taylor. Eclipsase el arte taquígrafico en tiempos del imperio, pero hermano legítimo é inseparable de la libertad, se eclipsa sólo para reaparecer bien pronto y bajo mejores auspicios en tiempos de la restauración.

La primera obra de Taquígrafia que vió la luz en España fué una traducción de Taylor hecha en 1800 por D. Francisco de Paula Martí, natural de San Felipe de Játiva, grabador de metales é individuo de la Academia de San Fernando y

(1) Sobre la explicación y equivalencia de los signos taquígrafos puede verse el Diccionario de Kopp.

de la Sociedad Económica Matritense. En esta traducción hizo Martí algunas modificaciones para acomodar el sistema á nuestro idioma: mas aunque se agotó prontamente la edición y tenía ya preparada la segunda, no quiso repetirla por haberse convencido de que las requería mayores y más esenciales para dar resultados en la práctica.

En el mismo año de 1800 y casi al mismo tiempo que Martí, publicó D. Juan Álvarez Guerra otra traducción de la misma obra de Taylor, suscitándose con este motivo animada controversia entre ambos traductores, la cual contribuyó no poco, aparte las observaciones personales de Martí, á la resolución de éste de no publicar otro libro de Taquígrafia mientras no hubiese dotado á España de un arte propio y ajustado á las exigencias del mecanismo de nuestra lengua.

No tardó ciertamente en conseguirlo, pues el 17 de Julio de 1802 presentó un método á la Sociedad Económica Matritense. También hubo de parecerle á esta corporación, que impetró y obtuvo de Carlos IV una Real orden fecha 21 de Noviembre del mismo año, determinando se estableciese en Madrid una *Cátedra de escritura veloz*, cuya enseñanza se confería, como en premio, á Martí, con el sueldo de 10.000 reales anuales. Además proporcionó el gobierno local adecuado y abonó los gastos de su habilitación, quedando bajo el cuidado y atención de la referida Sociedad Económica el que los resultados correspondiesen á los deseos de S. M. El 30 de Setiembre de 1803 se inauguró el primer curso, después de haberse impreso la obra de Martí, previamente declarada útil por la Sociedad Económica Matritense; obra tan esmerada y fruto de un estudio tan minucioso de nuestro idioma y de una comparación tan detallada y práctica entre todos los sistemas entonces conocidos, que desde el primer momento se tocaron sus portentosos resultados, y si bien después ha admitido bastantes mejoras, no afectan al mecanismo fundamental del sistema, que puede afirmarse nació perfecto, justificando en cierto modo la entusiasta frase de Madrazo: «He llegado á dudar que en Taquígrafia pueda inventarse nada que ceda, pero ni que compita, con nuestro Martí en claridad ni sencillez».

El mérito contraído por Martí, con haber sido el primero que trató en España de esta materia, que perfeccionó con su excelente obra, es innegable, como lo es el que contrajo la Sociedad Económica Matritense en haberle prestado un poderoso apoyo, sin el cual las Cortes de 1812 no hubieran disfrutado de tal beneficio, y la nación probablemente por mucho tiempo se hubiera visto privada de este poderoso medio de propagación de las ideas.

Desde entonces se ha ido desarrollando en España la Taquígrafia paulatinamente hasta llegar al momento actual en que arrastra, con pocas excepciones, una modesta y casi ignorada existencia.

¿Qué significación tiene este hecho? ¿Qué ha pasado aquí para una tan gran mudanza?

En nuestro sentir una cosa muy sencilla; que los taquígrafos han querido eludir el cumplimiento de uno de los deberes que trae consigo este incesante batallar de las sociedades modernas: el de asociarse, que es el gran principio de la fraternidad humana, para conquistar el puesto que por sus merecimientos deben ocupar en las esferas de la inteligencia.

Pasan años y años, trascurre el tiempo con vertiginosa rapidez y al unísono de esta marcha camina la humanidad cumpliendo sus altos destinos, realizando aquellas leyes fatales é ineludibles que la naturaleza le ha impuesto y que rigen como á ella, á cuanto existe y es de algún modo determinación de esa vida general, de ese cambio incesante de cosas y seres, carácter más distintivo de las manifestaciones de la Naturaleza.

Mas ni por pronta y vertiginosa es menos trabajada la vida de la humanidad. Un fin alcan-

zado pide la realización de otro más alto y trascendente; un descubrimiento exige que se avance otro paso en la investigación de lo desconocido, la ley establecida requiere el apoyo de más hechos, para alcanzar categoría de mayor generalidad, y el deseo, en fin, del conocimiento, que tantas maravillas realiza, precisa actividad constante, indagación continua, perenne esfuerzo.

A cada momento, en todos los instantes cúmplase este fin altísimo del progreso, obra compleja á la que todo contribuye y á la que deben contribuir también los que al cultivo del arte taquígrafico consagran su actividad.

Hé aquí la idea capital que hemos tenido para formar esta *Asociación*. ¡Qué dicha, señores, para los que hemos tenido la honra de crearla si conseguimos, aunque no sea más que en pequeña parte, algo de lo mucho que nos proponemos!

Pero este triunfo, si algún valor tiene, débese, en primer lugar, á la juventud que aún está, como quien dice, balbuceando el lenguaje de la cátedra, y ha conseguido una gran maravilla: arrastrarnos á todos en pos de sus proyectos. ¿Maravilla digo? Señores: la juventud, cuando conserva su integridad, es decir, su fé, sus esperanzas, sus ideales, y si queréis sus ilusiones, no sólo es la fuerza más generadora del porvenir, sino también la mejor y más dulce tiranía del presente. No hay hombre, por duro, por reacio, por atrabiliario que sea que nosienta ciertas atracciones misteriosas hacia todo lo que es primicia, virginidad, frescura; y hoy nos dejamos llevar por el elemento joven de la Taquígrafia, como á veces sin sentirlo y aun sin quererlo, vamos á respirar un perfume, que es la juventud de la flor ó cantamos el amor, que es la juventud del alma, ó vamos á saludar la aurora que es la eterna juventud del día. Y ahí tenéis por qué tantas eminencias del foro, de la tribuna, de las letras y de las artes, y tantos hombres encanecidos en el ejercicio del arte taquígrafico han seguido sin murmurar la general corriente, y como el *fat*, que sacó tantas cosas de la nada, ha bastado que unos cuantos jóvenes ayer casi desconocidos, hayan dicho la *Asociación Taquígrafica* se hará, y la *Asociación Taquígrafica* se ha hecho.

¿Qué va á ser esta *Asociación*? Mucho, si nosotros queremos, poco ó nada, si llegasen á faltarnos decisión y constancia. Tended la vista por las necesidades de la Taquígrafia española y por los problemas que ha de resolver esta que hoy comienza modesta *Asociación*; propagar la enseñanza del arte taquígrafico por donde quiera que se hable el idioma de Cervantes, para que cuando sea un hecho el establecimiento del jurado halle un plantel de taquígrafos convenientemente preparados, hacer que los que al ejercicio de este arte quieran dedicarse, posean aquel grado de ilustración y conocimientos tan necesarios al que ha de entender en tantas y tantas materias como las que son objeto constante de las deliberaciones del Parlamento, del foro, de los ateneos y de las academias: invocar constantemente el poderoso apoyo de las personas influyentes en el gobierno y en los cuerpos colegisladores, para que se consigne en las leyes cuanto tienda al prestigio, desarrollo y engrandecimiento de este arte. Decidme si no son estas cuestiones capitales dignas de ocupar la atención de la *Asociación Taquígrafica*.

Por eso cuando la opinión de los que se consagran á este arte ha comenzado á preocuparse de alguno de estos puntos de general interés, hemos creado esta *Asociación* que ha venido á fijar el común sentir y la común aspiración. Porque en nuestra época, donde quiera que hay una necesidad sentida por la opinión, allí surge al momento una asociación, allí delibera y allí se manifiestan los deseos que predominan en cada clase y en cada agrupación, allí se buscan soluciones á problemas de sumo alcance, y allí, por fin, se anudan los lazos y se aprietan los vincu-

los que deben unir á los que á una misma profesión consagran su actividad y su entusiasmo.

La *Asociación Taquígráfica* tiene, á no dudarlo, arduos asuntos que resolver, difíciles cuestiones que discutir, y los que al ejercicio de este arte dedican sus esfuerzos no debían ni podían permanecer quietos y silenciosos, cuando todas las demás clases y agrupaciones se mueven y levantan su voz para exponer lo que más conviene á sus intereses y lo que mejor cumple á sus propósitos.

Hé aquí la razón de esta *asociación*; hé aquí la causa de esta solemne fiesta, y hé aquí también por qué todas las clases han acogido favorablemente el pensamiento, comprendiendo su utilidad y conociendo las ventajas que está llamada á proporcionar en lo porvenir.

Tras de la *asociación*, vendrá un *Congreso taquígráfico español*, en que se discutirán otras cuestiones, y se buscará solución á otros problemas y en el que el taquígrafo tendrá un palenque abierto para manifestar su opinión, para exponer sus aspiraciones, para indicar sus deseos, que si son justos y razonables, como no pueden menos de serlo, prosperarán y se abrirán paso á través de obstáculos y dificultades, y más tarde ó más temprano los verán traducidos en leyes y disposiciones oficiales, que representen aquella opinión, aquellos deseos y aquellas aspiraciones. Hé dicho. (*Grandes aplausos.*)

El Sr. PRESIDENTE (Carvajal, D. José). Tiene la palabra el Sr. Zapatero.

El Sr. ZAPATERO (D. Manuel): Señoras y señores, ¿qué pensaréis de quien hace diez minutos no sabía absolutamente que iba á dispensarse el alto honor de ocupar este puesto, y mucho menos el de dirigiros la palabra, teniendo que hacer en tan malas condiciones, después de la brillantísima memoria que acabáis todos de escuchar, y hallándome rodeado de dos maestros de la palabra y de taquígrafos compañeros míos, que van á tomar las pobres que han de salir de mis labios? Pensaréis que soy digno de lástima; pero así como se dice que «nobleza obliga», yo tengo que sustituir ahora este adagio, bien conocido, por otro que para mí nunca se olvidará: «taquígrafía obliga.»

Me veo, pues, precisado á entreteneros brevísimos momentos, y al comenzar mi tarea, no por valerme de un recurso oratorio, sino manifestándoos un verdadero sentimiento de mi corazón, debo ante todo empezar diciéndoos que en mi vida, no lo recuerdo al menos, he experimentado tanta satisfacción como la que llena ahora mi pecho. Yo, muchas veces, aficionado á la lectura, he podido observar los esfuerzos que en los distintos ramos del saber y de la actividad humana han tenido que practicar algunos para llegar á un fin determinado. Y ya que el Sr. Guerra en su brillantísima Memoria, al hacer la historia de la Taquígrafía, nos ha recordado á los pueblos antiguos, entre ellos á los griegos, no puedo olvidar que allá en mis primeros años y en mis primeros estudios, consideraba con entusiasmo y como un verdadero tipo ideal á aquel Jasón que, logrando vencer á los primeros hombres de la Grecia, armó el buque Argos, se embarcó en él con los personajes más importantes de aquel país, llegarse á la Colquide y conquistaron lo que llamaban el Velloco de oro. Y decía yo, ¡qué inmensa satisfacción tendría aquel Jasón cuando el buque Argos entraba en las aguas del mar Negro! Más tarde, encontrándome con otros acontecimientos que no puedo menos de traer también á mi memoria, os manifestaré, ¡qué inmenso placer sentiría, por ejemplo, Stephenson el año 30 cuando vió cruzar la locomotora por valles y montañas, burlar los ríos y originar esa gran revolución que llevó á cabo la locomotora, y cuyos resultados estamos apreciando en estos mismos instantes! Y viniendo más á los tiempos modernos, ¡qué inefable placer no experimentaría ese personaje francés, que

todavía vive y que es la admiración del mundo, Mr. Fernando Lesseps, cuando vió resuelta la cuestión relativa á la canalización del Istmo de Suez, por aquel famoso arbitraje con que Napoleón III decidió las contiendas hasta entonces suscitadas entre el Egipto y la Turquía europea, proporcionando así al mundo las inmensas ventajas que aquel nuevo camino reporta á la civilización y al progreso! Más tarde, en nuestros días, ¡cuál no habrá sido la inmensa satisfacción del ingeniero que ha dirigido el túnel de San Gotardo, al contemplar que aquellos quince kilómetros se iban estrechando cada día más y más, y al fin y al cabo los obreros de un lado y de otro pudieron darse aquel anhelado abrazo, que significaba la estrecha y bienhechora unión de importantes países europeos!

Pues bien, señores, yo, sin ser Jasón, sin pretender representar lo que Stephenson, sin tener mucho menos la idea de coronarme con glorias que, hoy en los tiempos modernos de la industria, todo el mundo atribuye á Lesseps y á ese célebre ingeniero los trabajos del túnel de San Gotardo; yo puedo decir, sin pecar de inmodesto, que lo que vosotros habéis indicado aquí esta noche, lo que el Sr. Guerra ha manifestado que ha de ser prenda segura de bienestar, desarrollo y engrandecimiento de la Taquígrafía, lo había yo soñado; no sólo lo había soñado, lo había formulado, lo había detallado en reglamentos y en sociedades que llegaron á formarse, y que si hoy no existen, debida es su desaparición á causas ajenas completamente á mi voluntad.

Mi pensamiento murió; hoy renace, y renace en brazos de la juventud. ¡Bendita sea la juventud, que me produce esta íntima satisfacción y que abre tan ancho campo al porvenir y prosperidad de la Taquígrafía española! (*Grandes aplausos.*)

EN EL SEPULCRO

DEL EMINENTE POETA DON ANTONIO HURTADO

Impulso irresistible llevóme al cementerio,
Cruzando entre cipreses, quedé junto á su fosa;
Pulsé entonces mi lira, por mágico misterio,
Postrándose de hinojos, en la marmórea losa.

Al pié de su sepulcro las siemprevivas crecen,
Mi mente halla doquiera la calma que la inquieta,
Inmovil permanezco, mis labios enmudecen,
Y brota humilde canto del alma del poeta.

Resuena en el espacio la voz del sentimiento,
Que, al ver su mausoleo, recuerda mi memoria
Sus versos admirables, su colosal talento,
Sus libros prodigiosos y su infinita gloria.

Amante de lo bello, modelo de hidalguía,
Luchó con entusiasmo del arte en la campaña;
Moral en la comedia, brillante en la poesía,
Fué asombro de los pueblos y orgullo de la España.

No muere su recuerdo, la historia lo ha grabado,
Vive el ilustre atleta, filósofo profundo.
Siendo en el orbe entero de todos respetado,
Porque su nombre llena los ámbitos del mundo

Canté al genio sublime estrofas funerarias,
La fama, que es eterna, cruzó por ambas zonas.
¡É inclinanse los siglos rezando sus plegarias
Ante su helada tumba, cubierta de coronas!

RAFAEL ABELLAN.

LA HUÉRFANA EMIGRADA

Hace ya muchos años, cuando yo era niño, me cantó mi buen padre una historia que, ya sea porque en la imaginación infantil todo es retentivo, ya porque la pérdida del autor de mis días me haga recordar estos hechos, como para llenar el vacío que su llorada muerte dejó en mi corazón, la conservo completa en mi memoria.

Decía así mi inolvidable narrador.

«Había en Portugal, en la provincia de Traz-os-montes, cerca de Villareal, una quinta llamada de Siderma, propiedad de D.^a Rosa Moraes, noble señora cuyas relevantes prendas personales la hacían querida y respetada de cuantas personas constituían su sociedad.

Próximo á la quinta, á la márgen del caudaloso Duero cuyas aguas de continuo turbias, dan á su cielo un aspecto sombrío, y al pié de una montaña, se veía un derruido monasterio, abandonado por sus religiosos moradores, que á consecuencia del desastre ocurrido por una fuerte avenida del Duero, edificaron un nuevo convento en la cima del monte, sirviéndoles el antiguo, como sitio de paseo á que acudían atraídos por la frescura y belleza del sitio.

Esta comarca, rica en productos vinícolas, pues sabida es la extracción que se hace del vino en Oporto, se llena de animación en el Otoño, y en esta época del año 183... Doña Rosa, que poseía una gran parte de aquellos viñedos, se dirigía á Siderma, con objeto de atender á sus intereses durante la recolección, y ávida de distraer su ánimo, de la monotonía de un año de residencia en Villareal.

Sabido es el peligro que ofrecía por entonces el tránsito por los caminos, porque aquel país, como España, era regado de sangre que vertían á mares las contiendas civiles, y los campos estaban llenos de partidas de uno ú otro bando, que creyendo al viajero espía ó portador de pliegos del enemigo, lo maltrataban y robaban, cuando no daban fin á su vida.

Una de aquellas mañanas, bajaba al convento viejo uno de los religiosos, y al atravesar el camino se presentó á su vista un espectáculo horrible.

Dos hombres yacían completamente mutilados sobre la carretera, y arrebujada junto á uno de ellos una niña que apenas contaba tres años: á quien el frío de la mañana y el miedo de la pasada noche habían privado del sentido.

El buen fraile, reconoció aquellos dos cadáveres, y cuando vió que solo la niña necesitaba auxilio, la cogió en sus brazos y se dirigió inmediatamente al convento á avisar de la ocurrencia al superior de la órden.

Poco después, aquella inocente criatura volvió á la vida, y avisado el juez del partido, se reconocían los cadáveres, sin que pudieran identificarse sus personas á consecuencia de no encontrarseles documento alguno, ya fuera porque se los hubieran llevado sus asesinos, creyéndolos de interés, ya porque en efecto no los tuviesen.

Pasó á la sazón D.^a Rosa por aquel sitio, y enterada del suceso, pidió á la autoridad la posesión de aquella huérfana, lo que le fué otorgado, pues ninguna mejor suerte podía caber á la infortunada criatura, que la protección de tan noble señora.

Por espacio de mucho tiempo fué aquel misterioso suceso el asunto forzado de todas las conversaciones.

Cuantas pesquisas se habían hecho fueron inútiles, y las preguntas dirigidas á la *Castellanita* se estrellaban en la incoherencia de sus explicaciones.

Pasaron los días y los años, y la huérfana adquiría con la edad un tesoro de encantos, y á la par que su fisonomía, orlada por la hermosura, cautivaba la atención de los que la miraban, su alma que sólo sentía el impulso de la gratitud hacia su bienhechora, la hacía un ángel.

Una tarde oyeron dar unos golpes á la puerta de la quinta, y al franquearla se halló en ella á un hombre, joven aún, pero con las huellas del infortunio, grabadas en su frente.

Preguntó por la dueña de la casa inclinándose ante la huérfana que le condujo á presencia de D.^a Rosa.

Un corto, pero sublime diálogo dió á conocer á la caritativa dama el deseo que llevaba á su presencia á aquel hombre que se confesó víctima de la desgracia, sin familia ni afectos y sin medios de subsistencia, yendo allí á pedir un trozo de pan á cambio del trabajo que le fuera encomendado.

El perspicaz talento de D.^a Rosa vió en aquel hombre un ser noble y desgraciado, y su corazón, propicio siempre al bien, se interesó por él, quedando admitido en calidad de mayordomo.

Oyó contar la historia de la huérfana, y porque era de su país, y porque era también infortunada, la profesó un cariño profundo.

La existencia de Andrés, que así se llamaba el mayordomo, se presentaba velada por el misterio, y esta circunstancia aguijoneaba la curiosidad de todos, que ya directa, ya indirectamente le asediaban, sin que pudieran romper la impenetrabilidad de aquel arcano.

No dejó D.^a Rosa de caer en esta tentación, y un día que en tal sentido interrogó á Andrés, éste le respondió:

—Señora, yo comprendo que os será extraño todo cuanto concurre en mí, hallo muy fundado ese deseo de saber quién soy, de donde vengo, pero yo no puedo responderos.

Si el hacer mil protestas de mi honradez y lealtad son suficientes títulos á ocupar el puesto que me habéis concedido, yo os juro, señora, que sabré cumplir mi deber sin que tengais que arrepentiros de haberme prestado tan noble protección; pero si es preciso que cuente mi pasado para continuar aquí, como no sé mentir, y por consiguiente engañaros con una falsa novela, juro que antes saldrá de mis labios el último aliento de mi vida. ¡Quién sabe si algún día podré hacer á usted partícipe de mi ayer!

Doña Rosa calmó á Andrés y le prometió no volver á molestarle, prohibiendo á todos los de la casa cometieran la más leve indiscreción.

Al siguiente año, y al caer de una apacible tarde, se encontraban sentadas á la puerta de la quinta D.^a Rosa y la huérfana, y á corta distancia, Andrés, que pagaba á los operarios los jornales de la semana, cuando vieron venir á hombres de cuatro robustos campesinos y de otros varios seguida, una camilla de campaña.

Todas las miradas se fijaron en aquel grupo que pocos minutos después llegaba á la quinta.

En la camilla venía un joven oficial herido.

Los conductores pidieron permiso para descansar y agua, todo lo que les fué concedido de buen grado, y afanándose por proporcionar cuanto el herido necesitase.

Su estado, grave, exigía reposo y ninguna pregunta se le dirigió.

Pocos momentos antes de marchar, el oficial llamó á D.^a Rosa y al introducir su mano en el bolsillo de la levita, se escapó á su pecho un grito doloroso.

—¡He perdido la cartera!—dijo—¡cuánta desdicha reunida!—pero después, cobrando calma, y como queriendo recordar alguna circunstancia, concluyó por sonreír dulcemente.

—Señora, continuó, quizá me quedan pocas horas de vida, y de los documentos que encierra mi cartera, pende el bienestar y la honra, tal vez la vida de algunas personas: suplico á Vd., pues, mande á recogerla al vecino pueblo, lea una carta que encontrará en ella y lo haga llegar todo á la persona á quien vá dirigido el sobre.

Doña Rosa le prometió cumplir su deseo, y se despidieron, deseándole todos un pronto y total restablecimiento, saliendo al mismo tiempo un criado en busca de la cartera.

Unas horas después, reunidos en el hogar la señora, la huérfana, Andrés y toda la servidumbre, abrió la primera la cartera, y leyó el manuscrito que decía:

«Amada madre mía: en un encuentro me han herido, pero no tiene gravedad mi estado, si bien me molesta, obligandome á ser lacónico; el temor de que se me extravíen, me hace que te remita los documentos adjuntos, que guardarás como un depósito sagrado; tranquilízate y recibe todo el cariño que para ti guarda el corazón de tu hijo Fernando Dulirán.»

Dos gritos sonaron en la habitación; dos gritos terribles, unisonos, conmovedores.

Uno se había escapado al pecho de la huérfana, otro á Andrés.

Este avanzó hacia D.^a Rosa, pálido, demutado y pronunciando frases incomprensibles, arrancó de manos de su ama la cartera y devoró lo escrito de los papeles que contenía, y al fin, bañados sus ojos por el llanto, cae de rodillas y alzando los brazos y la mirada exclama:

—¡Gracias, Dios mio!...

Y la huérfana que cobró entonces el sentido que perdiera unos instantes, dice también:

—¡Dulirán, sí, ese es mi apellido! ¡Gracias, Dios mio!

Hay escenas tan llenas de sublimidad, que es imposible describirlas; la escena que siguió á este misterioso acontecimiento es una de ellas.

Porque expresar en toda su realidad que la huérfana, vertiendo un mar de lágrimas, reconoció y pudo pronunciar aquel apellido que estaba grabado en su alma, el apellido de su padre, el suyo... poner de manifiesto que la exaltación de Andrés subió más aún al saber que su querida huérfana era Dulirán también, y que loco, en el pináculo de la felicidad la tendió sus brazos, la estrechó convulsivamente en ellos, y ambos, vertiendo un torrente de lágrimas y sin saber qué decir formaban un extraño grupo con aquellos otros seres que atónitos les contemplaban, sería locura.

El exceso del placer, como el exceso del dolor, se sienten, no se expresan.

Un mundo de lágrimas y suspiros, no son suficientes á pintar el quebranto.

Una eternidad de carcajadas no son bastante á dar una idea exacta de la felicidad.

No hay fotografía que reproduzca el alma.

La huérfana y Andrés hubieran pasado horas eternas en aquel trasporte, los demás anhelaban tuvieran fin aquellos momentos de incertidumbre y sorpresa.

Por fin reinó la calma, y se convino en marchar á Villarreal á la mañana siguiente.

Andrés entonces manifestó que ya podía hacer pública su historia y cediendo á instancias de D.^a Rosa relató la siguiente:

—Mi padre era capitán de uno de los regimientos expedicionarios á Dinamarca, á las órdenes del general marqués de la Romana, y en su misma compañía servía yo como cadete.

Llegaron á nuestras noticias los sucesos que se desarrollaban en nuestra patria, nos miramos allí vendidos y en vano intentamos correr al suelo de España para vender caras nuestras vidas en aras de su independencia; estábamos en aquel país como viles prisioneros.

Mi padre, en su orgullo de español, no daba treguas á su labio para maldecir á los opresores de su pueblo, y un día aquella exaltación le llevó á un duelo con un cobarde oficial danés que hacía tiempo le profesaba un odio profundo, no sé por qué causa.

La razón estaba de parte de mi padre, y la razón venció, después de desarmarle repetidas veces, le infirió una herida leve.

El oficial danés era un miserable, y los miserables no hallan obstáculos para consumar los hechos más punibles, así es que ideó y halló la manera de vengarse.

Cometió un robo, depositó los objetos robados en el equipaje de mi padre, y le acusó como autor del delito.

De nada valió la inocencia de aquel pundonoroso militar; el acusador, ayudado de falsos testigos, y un tribunal arbitrario, despótico y parcial, pues estaba formado de enemigos, llevaron á mi desventurado padre á ser pasado por las armas.

Permitidme que deje correr mis lágrimas; hace mucho tiempo que estaban comprimidas.

Yo juré sobre sus heladas manos venganza cruel, y desde entonces, sólo pensaba en consumarla.

El miserable impostor temió sin duda que yo castigara su infamia, y quiso evadirse de mi justicia, consiguiéndolo también, pues tres días después se me conducía preso, siendo él quien me conducía, quizá lo pidió así para gozarse hasta el fin en su infamia, sin saber que caminaba á su perdición.

Penetramos en una lancha para atravesar un río; el infame iba sentado frente á mí.

Hay momentos en que el corazón y la cabeza, siempre contrarios en sus impulsos, obran de consuno y producen una explosión titánica.

Se presentó á mi vista el cadáver de mi padre, el espectro de la deshonra y desvanecida ésta el autor de tanto mal á mi alcance, fatídico, con satánica sonrisa en los labios.

Yo no tenía armas, pero no vacilé; di un salto, logré ponerme á su lado, y sin que los soldados que componían la escolta, pudiera evitarlo, hundi en su pecho su espada misma.

Me arrojé al agua, seguí su corriente y pude verme salvo.

Viajando á la ventura, y después de mucho tiempo volví á España; estaba tranquilo, era feliz, porque había vengado la memoria del auir de mis días, pero temía darme á conocer, por miedo á que el conocimiento de mi justicia comprometiera mi libertad, sino mi vida.

No encontré á mi familia en el lugar donde la había dejado y renuncié con harto duelo de mi alma á hacer más pesquisas.

Pasé aún algunos años más de miseria, hasta que la fortuna guió mis pasos á esta casa.

Ahora bien, comprenderéis la alegría que me embarga al ver que ya, ni aun el sello del deshonor queda en mi apellido, pues el oficial danés, al morir, confesó la inocencia de mi padre, confesión que se hizo pública, al tener noticia de una familia que creí no volver á encontrar, y por último, al saber que ese ángel que no en balde tanto cariño me inspiró, es hija de mi hermano, como hijo es de mi otro hermano el oficial que hemos de ir á ver á Villarreal.

Efectivamente, la huérfana era hija de un hermano de Andrés y éste adquirió la certeza en la lectura de los papeles de la cartera en que encontró uno en que decía haber marchado su hermano menor á Portugal con un criado y su hija de tres años, dejando al otro hermano la administración de sus bienes, y de quienes no se había vuelto á tener noticias, hecho que tenía una total analogía con la historia de la huérfana y hecho que acababa de hacer patente el efecto que en la joven hizo el oír el apellido Dulirán.

Al siguiente día se hallaron reunidos nuestros tres personajes con el herido y cuando le encontraron en disposición de recibir la noticia, le fué comunicada, y un abrazo apasionado, unió aquellos tres seres, cada cual de los que ignoraba la existencia de los otros.

Doña Rosa, haciéndose partícipe de aquella felicidad, remitía la carta de Fernando á su madre, consolándola y dándole noticia de todo lo ocurrido.

La madre de Fernando, cuya admiración al leer la carta de D.^a Rosa, fué quizá más grande que el dolor causado por la de su hijo, obedeciendo á los impulsos de su corazón, se puso inmediatamente en camino y pocos días después se unía á aquella familia.

Fernando estaba completamente bien.

APOTEOSIS. La huérfana, era una virgen hermosa de alma y de cuerpo, como pudiera soñarla Petrarca en su Laura; Fernando era joven, tenía talento y corazón, y un cariño que había nacido súbitamente en sus almas, había de crecer.

Y creció y se amaron, y el amor se hizo pasión, y la pasión idolatría y la idolatría se santificó en las gradas del altar.

Y desde aquel día, felices, sin que haya empañado el cielo de su amor la más ligera nube, viven aún, contando á sus hijos la original historia de su pasado.

R. ORTIZ Y BENEITO.

NIEVES POEMA EN PROSA

I

- ¿Quién á la dama ha mirado?
- ¡Yo!
- Osado sois á fe mía.
- Y vos altanero y arrogante.
- ¡Descubríos!

—No por cierto.
—Gran interés mostráis ocultándoos la faz.
—¿Por qué no hacéis lo que exigís?
—Porque siempre mandé y jamás obedecí.
—Estáis por demás provocativo.
—¡Abreviemos, hidalgo!
—¡Abreviemos!

Y caen los embozos; se miran dos rostros con feroz expresión; dos brazos empuñan dos espadas; un rayo brilla en la oscuridad... es la muerte que chispea... ábrese en lo alto un balcón; el contorno de una mujer se dibuja entre las sombras, y apriétanse en el espacio las montañas de las nubes para que la luna tenga negro antifaz que la impida alumbrar semejante escena.

—¡Jesús!
—Bien está lo hecho.

Uno que se aleja: es la vida que ha triunfado: otro que ha caído... es la mentira inmensa que empieza... la mujer que huye horrorizada: es el ángel que se aparta del ataúd.

II

¿Quién era Nieves?

Una Herodias con el espiritualismo de Morayma, las formas de Venus, la dulzura de Clara la amada de Egmont y la mirada de Desdémona; era un ángel y una sultana al mismo tiempo; una criatura, hermana de Mignon, sumida en impalpable lago de misteriosa poesía; una Vestal vestida de terciopelo.

Por eso enloquecía la vaga voluptuosidad de aquella cabeza cubierta de largos, negros y enlutantes cabellos, por eso fascinaba el fulgor de aquellos ojos negros como la noche, por eso arrebatada aquella sonrisa, parodia admirable de una aurora de indescriptible felicidad, y por eso aquel conjunto hacia adivinar el cielo á través de esa farsa monstruosa llamada eternidad.

¡Nieves!... ¿por qué se llamaba así?

Aquel cuerpo y aquella alma sólo en la tumba tendrían la frialdad de su nombre.

Ved ahí por qué un nombre es casi siempre una aberración.

—¡Socorro! ¡Ah de mis gentes!... ¡Violante! ¡Elvira! ¡Soll!... Pronto, pronto, que se ha cometido un crimen y un grito de muerte ha desgarrado mi alma.

Las dueñas horrorizadas se envuelven en sus mantos, los pajes encienden las teas; los escuderos empuñan las tizonas; Nieves baja las escaleras con suprema ansiedad y tras ella, en confuso tropel, se precipita aquella masa de luces, de espadas, de caras, de tocas, y de revueltas vestiduras y desgredadas melenas.

La maciza puerta se abre; el frío golpea aquellos rostros; la nieve entierra aquellos pies, y el aire hace temblar aquellas luces prolongando sus llamaradas á modo de infernales cabelleras.

III

A unos cuantos pasos de la puerta yace un hombre exánime sobre un charco de sangre, cuyos tibios y rojos borbotones se mezclan y se congelan en la nieve como se revuelven y se agolpan las pasiones entre los copos negros del desengaño, nevada inconcebible de la vida.

—¡Jorge!...—exclamó Nieves horrorizada cayendo junto al moribundo.

Jorge la miró; en aquella mirada se fundía su alma; aquella mirada era la disolución de un mundo de amor en un rayo de mortecina luz.

—El marqués...—balbuceó penosamente el agonizante dejando caer la cabeza que había erguido y cerrando los ojos cuyas cuencas se habían dilatado para derramar la última lágrima.

—¡Jorge!... ¡amor mio!—gritaba Nieves desesperada, y Jorge ya nada oía ni nada veía, porque todo había concluido para él. La muerte es la conclusión de las conclusiones.

Las dueñas levantaron á la desdichada Nieves, y los rodrigones al cadáver; ella fué subida á la solariega mansión; él fué entregado á las entrañas de la tierra.

Un eco aterrador zumbaba bajo las bóvedas de la horrenda cripta: eco que filtrando los

muros llegaba hasta los oídos de Nieves para decirle: «¡Venganza! ¡venganza!

IV

Pasó bastante tiempo.

El amor que el marqués de San Gonzalo sentía por Nieves, habíase agigantado tanto desde la muerte de Jorge, que el opulento noble era esclavo de una monstruosidad de su alma calcinaba sus miembros...

¡Amara! En este deseo estaba toda su esperanza; ¡amarla! esta palabra sintetizaba para él lo deleznable y lo infinito, lo triste y lo alegre, lo pigmeo y lo sublime, lo risible y lo divino; ¡amarla! esto era el todo de su vida; que aquella mujer cayese de los altares de la ilusión al círculo de sus brazos era el anhelo que agujoneaba su alma y hacía reventar su corazón. Nieves era la playa hermosa y risueña en la cual ola tras ola iban quebrando sus espumas los encrespados mares de su loco frenesi; Nieves era el faro, la antorcha, el sol, el mundo, la inmensidad, lo incomensurable de su existencia, y tras ella corría para atar á su alma con los hilos de sus lágrimas aquel espectro de amor que flotaba en torno de la entristecida niña, cansado de contemplar la irrisoria horrible danza del desengaño, cuyos repugnantes gnomos ensanchaban cada día más y más los círculos de su satánica bacanal en torno de su craneo.

El marqués ni siquiera pensó que un beso de amor puede ser el antel de un sepulcro.

V

Palidecía el disco solar en la brumosa de la noche, y de todos los ámbitos de la tierra subía a los espacios, en espirales de rumores, algo inmenso y poderoso; era el lamento del día al sumergirse en el ocaso; eran los ecos del fúnebre beso de bodas que que allá en occidente se daban la noche y el sol; ecos que iban muriendo en tanto que por todos lados agitaba el invierno sus inciensarios de nieblas.

En el fondo de oscura cámara, perdida en en misteriosa penumbra, sentada entre el choque de la rojiza lumbre del hogar y la densa sombra del imponente recinto, hallábase Nieves llorando á Jorge y mirando de rato en rato un pergamino que tenía en la mano, cuya respuesta aguardaba un paje inmóvil en la puerta y comentaban las dueñas en apartado rincón.

—Decid al marqués de San Gonzalo que muy presto he de responderle.

Esto dijo Nieves; el paje salió, y tras él, á una seña de su ama, desfilaron las dueñas como procesión de enlutadas brujas.

Sola se vió, y volviendo á leer el pergamino, murmuró entre sollozos:

—¡Es imposible!... ¡Cómo, Dios, santo he de ser la esposa de ese hombre?

Pensó después largo rato; por fin se levantó resuelta y altiva y salió de la cámara como debió salir María Estuardo de la prisión de Yotheringay.

Llegó á su oratorio no sé si para rezar ó gemir; pero es el caso que en las gradas del altar encontró un puñal reluciente, hoja en cuya empuñadura había escritas estas palabras:

«Para el Marqués de San Gonzalo.»

VI

Perfumes que se evaporan bajo bóvedas de oro; sedas que se arrastran sobre pavimentos de ágata y jaspes; luces que ceutellean; notas que vibran en atmósferas resplandecientes; carcajadas que resuenan confundidas con océanos de destellos; disipación de vida y de esplendores: festival de la alegría; torrente del lujo; mezcla indefinible de hermosura y de riqueza... todo esto había en la señorial mansión del marqués de San Gonzalo.

¿Y por qué?

Porque aquella noche se festejaba el desposorio del marqués con Nieves; porque aquella noche acababan de posarse sobre la frente de la luctuosa Herodias, las coronas de duquesa de Aranae y de condesa de Castro, además de la de marquesa.

VII

Solos se vieron los dos en la suntuosa cámara nupcial.

Ella enmudecía; así como sus labios no tenían palabras, sus ojos no tenían lágrimas, ni su alma amor, ni su corazón latidos.

Él estaba henchido de alegría; rebotando de satisfacción; sonriente y feliz, pensaba caer ébrio de pasión en aquel cielo que se tenía en pie á su lado.

¿Qué se dijeron? No lo sé.

No hay nada más cómico que dos desposados solos ante un tálamo.

—¿Cómo empezar? pensaba él.

—¡Hasta cuando más he de esperar!—Murmuraba ella con los ojos bajos y las mejillas sonrojadas.

—Amor de mis amores—dijo el marqués pasados algunos instantes de profundo silencio al fin eres mía; al fin mis brazos pueden ceñirse á tu cuello para que mis labios liben en los tuyos ambrosias eternas de purísima felicidad. Y diciendo esto la tomó entre sus brazos, enajorado... Apenas sus labios rozaron amorosos las mejillas de la niña, el marqués dió un grito horrible y cayó de espaldas junto al lecho como estatua de bronce que derriba el rayo.

Nieves había clavado en el pecho de su esposo el puñal que encontró en su oratorio.

Se había casado con el marqués para vengar á Jorge.

Su propósito se había cumplido.

El marqués había muerto.

VIII

Cuando Nieves contemplaba absorta y aterrada el cadáver del marqués, oyéronse pasos extraños en la antecámara.

Momentos después, el esqueleto de Jorge penetraba en la estancia envuelto en largo y flotante sudario.

Chispeaban con espectral fulgor las vacías órbitas de sus ojos, y sus descarnadas mandíbulas chocaban á impulso de una horrenda sonrisa de ultratumba.

Nieves dió un grito de horror.

El esqueleto llegó hasta ella, la besó en la frente diciendo:

—Gracias amada mía... nadie sube una línea más sobre su tumba,—y desapareció por donde había venido.

Al día siguiente, los servidores del marqués hallaron el cadáver ensangrentado de su amo á los pies de una estatua de nieve que nadie pudo mover ni nada pudo romper.

Nieves se había convertido en su nombre al contacto del beso de Jorge.

IX

Así lo cuentan los trovadores de la Provenza; así os lo he contado yo; perdon si os he molestado; gracias si estais satisfechos: doncellas, adios; ya el alba me anuncia la partida; mancebos, amadlas como Jorge amó á Nieves y olvidad al pobre juglar que se albergó bajo vuestro techo y comió de vuestro pan.

MANUEL LORENZO D'AYOT

EL PODER DE LOS OJOS

Entre todos los órganos que constituyen el humano cuerpo, ninguno que sostenga comercio tan directo con el alma como los ojos. El dulce y tranquilo amor que el niño siente cuando, sin fuerza casi para articular vocablos reposa tranquilo en la cuna que su madre tiernamente mece; las exaltadas pasiones que en la edad viril se apoderan del aturdido jóven, incitándole á realizar empresas descabelladas y aventuras, para las cuales cuenta siempre con muchos bríos, pero sin ninguna experiencia; los amores reposados y quietos de la edad madura; las ambiciones desmedidas por lograr títulos vanos y amontar bienes terrenos; la primera sombra de la nefasta duda en el alma y el primer agujón de los celos en el pecho; la

satisfacción en la conciencia del justo, y el cruel y terrible remordimiento de la conciencia del criminal; todas las ideas que el hombre siente como relampagos cruzar por su cerebro y todas las pasiones que cauteloso guarda en su corazón, refléjanse, por milagrosa manera, fiel é inconscientemente en los ojos; los cuales son en verdad, según su privilegio de esculpir y hacer visibles los recónditos é impalpables pensamientos, el claro y límpido espejo del alma.

Cuando á la callada y en noche estrelladísima de estío, la pálida luz de la luna debate á vuestros ojos, misterioso grupo, compuesto de mozo gentil reclinado á los hierros de sólida reja, por entre los cuales se divisa poética figura de hermosa mujer, y el murmurar monótono de la cercana fuente; y el gemir unisono de la lejana selva, y el cantar seguido de los ruiseñores, impiden á vuestros oídos recoger el diálogo tierno de la amorosa pareja, abrid de par en par los ojos y atisbad con ellos si podéis las sendas miradas de fuego de los dos amantes, seguros de hallar, en el calor de sus encendidas pupilas, la verdadera intensidad que mide el amor de sus mútuos corazones.

Ellos, los ojos, á la contemplación de un espectáculo grandioso, se abren desmesuradamente como para mostrar su embeleso, su encanto, su asombro por todas las cosas bellas, ó se apartan y cierran á la vista de inmundo escenario y de repugnante escena, como para decir, cuán invencible horror les causa el mal y el vicio; en ellos, se retrata la alegría tan fielmente como en el cristal del lago se reproducen las imágenes, ellos se inundan de lágrimas para expresar mejor las penas que al corazón ahogan de igual modo que las pardas nubes en noches de tormenta asombran y deslucen el claro de las estrellas para anunciar al mundo la próxima tempestad; de sus pupilas surgen elocuentes las palabras «desengaños» y «amor,» que los enamorados suelen traducir por «vida» ó «muerte,» y si en el torvo mirar de redomado personaje se lee su fin siniestro, en la mirada extática de varón justo se advina su misticismo sublime.

Aparte la virtud magnética que de antiguo se sabe tiene la vista; aparte decir, como los ojos de Pitágoras lograban sostener la atención de sus discípulos en la cátedra, con mayor vigor aun cuanto más abstrusas é ideales eran sus explicaciones; aparte relatar el milagroso modo con que Mario, preso en oscuro calabozo, liberta su cuerpo al filo agudo de puñal homicida, y consigue, con una sola mirada, desarmar con presteza al traidor asesino que, sin piedad momentos antes quisiera partírle el corazón; aparte mostrar como Alejandro, allá en Arbelas, teniendo en frente de su ejército de cincuenta mil hombres á su enemigo Dacio con otro ejército compuesto de un millón, rechaza los planes que Permenión le propone, de emprender la batalla por sorpresa y en las sombras de la noche, porque además de anhelar que el sol presencie su victoria conoce que la luz de su mirada enardece la sangre en las venas del sol dado griego, aparte todos estos datos históricos, pueden asegurarse, que los ojos ejercen soberano é incontrastable poder en el mundo sobre todo, los ojos de las mujeres.

(Se Continuará.)

REVISTA DE MADRID

Quien no haya sentido nunca las bellezas de la Naturaleza; aquel cuyo corazón haya permanecido insensible en medio de las tempestades; el que se encuentre rodeado de soledad y melancolía y crea secada en su alma la fuente purísima de las sensaciones, que acuda á tí, mes encantador, el más hermoso del año, poético Mayo.

Si los antiguos te dedicaron á la diosa de la primavera, á la graciosa Maya, la religión poética por excelencia, el cristianismo, también te ha dedicado á la personificación de lo hermoso y poético dentro de su culto, á la Madre del Salvador; por un momento prescinde de la majestad y severidad de sus ritos, de su pompa y magnificencia, para adornar sus altares

con tus naturales galas y embalsamar el recinto de tus grandiosos templos con el suave y delicado perfume de tus jazmines y claveles; deja á un lado, durante tu reinado, la salmodia grave y pausada como la voz de la conciencia, y entona sencillas estrofas, llenas de melodía, como el gorjeo de los ruiseñores, é inspiradas en tus cuadros de ternura y sencillez.

Y las modernas sociedades, tan inculpadas de materialismo, también te rinden homenaje y reservan para tus días sus espectáculos favoritos y populares, sus seculares romerías, sus animadas ferias y hasta sus diversiones hípicas, última palabra de ese espíritu ávido de nuevos placeres.

Por eso yo te saludo, gracioso mes de las flores, y te deseo un reinado eterno. ¡Ojalá pudieras sustituir con tus hermosos días los tristes y sombríos del invierno y convertir el año en perpetua primavera!

No puedo dejar de pasar inadvertida la solemne fiesta que celebró la Academia Española para recibir en su seno al Padre Mir.

Y no consistió la solemnidad en la ceremonia de fábrica que con frecuencia se celebra, sin llamar la atención, cuando el beneficiario es un Catalina, ó elevándose á acontecimiento cuando es un Castelar, sino en los discursos que se leyeron: del P. Mir uno, y del Sr. Menéndez Pelayo otro.

Trataron del Sr. García Gutiérrez, á quien el docto individuo de la compañía de Jesús sucedía, y del idioma castellano en los días de su más grande esplendor.

Para que pueda formarse cabal idea de esta fiesta de las letras, copiaremos algunos de los párrafos de los discursos leídos.

Decía el P. Mir en uno de los períodos de su notable discurso acerca del predominio de la lengua española:

«Era la lengua española la más común y la más extendida por Europa. En español se hablaba lo mismo en las márgenes del Tiber que en las del Sena y del Danubio; lo mismo en las alegres calles de Nápoles y de Milán que en las brumosas de Gante y de Bruselas. Donde quiera que se ideaban empresas grandes y hazañosas, allí vibraban dominadores los acentos españoles. En español se habían dado los gritos con que los compañeros de Cristóbal Colón saludaron la isla de Guanahani al divisarla desde las famosas carabelas.

En español se hizo aquel reto, para siempre memorable, con que el intrépido Núñez de Balboa, marchando por entre las ondas, en una mano la espada y en otra la bandera de Castilla, tomó posesión del mar del Sur en nombre de los reyes de España, jurando morir por defendérselo contra todos los reyes y príncipes del mundo. Españoles eran los ecos que resonaban en las lagunas de Anáhuac al ser atravesadas por Hernán Cortés y su ejército invencible. Españolas las primeras voces que repercutieron en las cumbres alterosas de los Andes, en las márgenes de Las Amazonas, del Magdalena y del Orinoco, en las selvas vírgenes de la Florida y de la California. Española la lengua que rodeó por primera vez el cerco de la tierra, envolviéndola en la majestad de sus sonidos. Española la predicación del Evangelio, llevada por todo el mundo por nuestros frailes y misioneros, siempre luminosa y civilizadora, sobreponiéndose al estruendo de los combates, teniendo á raya los instintos de la codicia y la crueldad de la barbarie, y proclamando á boca llena los derechos de Dios, la hermandad de todos los hombres, el respeto á los débiles, los fueros de la virtud y de la conciencia.

Al resonar la lengua española por tantas y tan diversas regiones, resonó con la dignidad y señorío que convenían á la que era reina y dominadora del mundo. *Incessu patuit Dea*. En tanta variedad de gentes y en tan grande confusión de hablas é idiomas, sus sonidos, no sólo no se perdieron, sino que vibraron con más fuerza y se propagaron con más bella y más grandiosa resonancia. Su dignidad y hermosura, lejos de estragarse con tanta diferencia de voces, se acrecentaron maravillosamente, levantando los quilates de su pureza y dilatando inmensamente los términos de su imperio. Enriquecióse su diccionario tomando cantidad de voces extranjeras, pero acomodándolas á su índole peculiar y vivificándolas con su virtud. Su sintaxis, parte la más rica y esencial del lenguaje, se afirmó y robusteció, adquiriendo al propio tiempo mayor flexibilidad y más graciosa lozanía.

Las frases ó modos de decir ganaron en variedad y galañura, pero permaneciendo siempre fieles al ge-

nio nacional. El habla, en fin, considerada en todos sus elementos, se ilustró y enriqueció prodigiosamente; pero perseverando siempre pura, siempre castiza, siempre española. Así, en verdad, había de ser. La pujanza de vida que animaba á la lengua española era efecto y trasunto de la vitalidad extraordinaria que agitaba á nuestra nación; y como esta vitalidad era propia, no prestada ni ficticia, propia y espontánea y eficazísima había de ser también la vida de nuestra lengua; como la grandeza de España era el desenvolvimiento natural de su espíritu, de las cualidades que constituyen su ser, de lo más íntimo y esencial que hay en su naturaleza, así la perfección de nuestra lengua era la perfección y el colmo de todas las excelencias que adornaban el genio de nuestra nación y la revelación más espléndida de estas excelencias; en fin, como la nación española nunca ha sido tan verdaderamente española como en aquella edad, para siempre gloriosísima, así nuestra lengua nunca ha sido más pura, más legítima y sinceramente española que entonces.»

En la hermosa contestación que el Sr. Menéndez Pelayo dió al discurso del P. Mir, estudia la gran figura de García Gutiérrez, y dice del insigne poeta lo que sigue:

«El era, decía el Sr. Menéndez Pelayo, uno de los pocos sobrevivientes del gran período romántico, y su nombre sonaba en los oídos de la juventud de nuestros tiempos como el nombre de Lope ó el nombre de Calderón. Vivo aún había pasado á la categoría de los clásicos. Sus versos habían sido los primeros que halagaron nuestros oídos en la infancia, y persistían en nuestra memoria con la tenacidad de las primeras y más frescas y duraderas emociones. Si cabe todavía ser poeta popular en épocas de crítica, de análisis y de reflexión como la presente, no hay duda que García Gutiérrez lo fué en el grado y forma que los tiempos consienten. Otros poetas han alcanzado esa gloria interpretando de nuevo viejas leyendas, trabajando sobre un pasado poético ya conocido, sacando del tesoro inexhausto de la tradición asuntos que vestir con nuevas galas, remozando, en suma, la materia artística ya elaborada en la fantasía del pueblo. Pero García Gutiérrez hizo y consiguió más; inventó leyendas y alcanzó que los protagonistas de ellas viviesen con vida propia al lado de los héroes de las gestas épicas, ya consagrados y ungidos por la tradición, y logró que el pueblo castellano se encariñase con esos héroes cuya genealogía no arrancaba más allá que de la mente del poeta, y los recibiese por suyos y les diese carta de ciudadanía en el sublime coro donde están *La Estrella de Sevilla, García del Castañar y Los amantes de Teruel*.

Después de estudiar á García Gutiérrez como legítimo heredero de los clásicos, le considera en otra producciones basadas en formas de arte distintas á las del clasicismo español, y dice:

«Una de las obras de García Gutiérrez más perfectas y maduras, tan perfecta que casi conquista nombre y fueros de obra original, es un arreglo ó una imitación de la *Emilia Galotti*, de Lessing. Ni he de ocultar, por otra parte, puesto que sería dejar en la sombra uno de los méritos más insignes del gran poeta á quien lloramos, que hay en algunos rasgos dramáticos suyos, verbi gracia, en *Juan Lorenzo* y quizá todavía más en *Simón Bocanegra*, tal poder de análisis y de escudriñamiento de los ocultos móviles, de las acciones humanas, tal *introspección* ó vista interna de caracteres y de pasiones, tal profundidad de inspiración, en suma, que recuerda más bien á Shiller y á Shakespeare, que á los maestros más hábiles en reproducir con brillantez, pompa y fuego de espectáculo de lo que hiere y deslumbra los ojos, que en andar como exploradores por estos laberintos de la conciencia.

Hay, pues, en las mejores, si no en las más populares obras de García Gutiérrez, una mezcla singular de romanticismo castizo y de romanticismo exótico; pero sobreponiéndose en toda ocasión el primero, con sus tendencias épicas, con su amor á la acción tumultuosa, con sus bizarrías, desmanes y bravezas, con su inundación de conceptos líricos, con sus novelas de noches de estío, alegradas por músicas y requiebros. Pudo sin duda García Gutiérrez, en versos que no han de morir, dar voz y aliento á espíritus tan complejos como el del ambicioso, devorado de tedio, desfalleciendo bajo el peso de sus propios deseos y codicias ampliamente satisfechos, y volviendo con melancolía los ojos al mar, teatro de sus hazañas de corsario; ó á aquel otro, todavía de más difícil y pro-

funda observación y estudio, el del revolucionario de buena fe, á quien abate y rinde y postra, y finalmente, mata de dolor y de vergüenza el espectáculo de la misma revolución que él ha desencadenado. Pero el sustento de nuestro pueblo no se ha ido tras de estas maravillosas psicologías, y en la obra múltiple ha elegido un drama y un nombre para convertirlos en símbolo. Por mucho que nos empeñemos los críticos, García Gutiérrez es, y será siempre para la mayoría de los españoles, el poeta de *El Trovador*.

Al hacer el paralelo entre el académico muerto y su sucesor, exclama el Sr. Menéndez Pelayo:

«Contraste singular, señores, pero no ciertamente único en los anales de nuestra Academia, el que presentan el académico muerto y el que hoy viene á ocupar su sitio! El uno poeta dramático y profano, aunque de inspiración cristiana y espiritualista; el otro sacerdote y teólogo, afiliado en la austera milicia de San Ignacio. El uno poeta popular, todo espontaneidad y todo brío, de cortos estudios, pero de imaginación potentísima; el otro prosista castizo hasta la exageración, si cabe esto; espíritu paciente y laborioso, docto en muchas ciencias, conocedor de muchas lenguas y literaturas, educado en la más severa disciplina intelectual, en el taller de la lógica, en el gimnasio de la sagrada teología, en la arena y en el polvo de la controversia dogmática. Uno y otro maestros de lengua, cada cual á su modo, pero García Gutiérrez por instinto, por casualidad, porque había mamado con la leche la pureza del habla, y el P. Mir, al contrario, por afán insuficiente, por estudio y lectura de muchos años, por aquellos procedimientos, en su día, mediante los cuales llegan á domarse las asperezas y rebeldías de una lengua extraña, puesto que no fueron los acentos de la de Cervantes los primeros que resonaron en los oídos de nuestro nuevo compañero, como él mismo lo declara al principio de su espléndido discurso.

Materia es, repito, de no pequeño asombro y maravilla que al P. Miguel Mir, nacido en la isla de Mallorca y educado en Inglaterra, podamos contarle hoy en el número limitadísimo de los cultivadores de

la buena prosa castellana. Las primeras palabras que balbuceó su labio fueron palabras de aquella otra lengua heroica trasladada por los conquistadores catalanes á Mallorca y á Valencia; lengua que antes que otra alguna de las neo latinas sirvió de intérprete al pensamiento filosófico por boca del doctor Iluminado; lengua que suena quizá más viva, pintoresca y galana que en parte alguna, en aquellos huertos de las Hespérides, que el Mediterráneo circunda, y entre aquellas peñas de la *Isla Dorada*, que la piedad de sus hijos designa con el cariñoso nombre de la *Roca*. Desde la fundación de esta Real Academia, ni un sólo balear había tomado asiento entre nosotros. Desde 1767, fecha de una célebre pragmática de Carlos III, tampoco apareció escrito en nuestro catálogo el nombre de un sólo sacerdote de la Compañía de Jesús. En el P. Mir concurren ambas cualidades.»

Y no copiamos más con harto sentimiento, porque todo el discurso es notable; todo él puede citarse como modelo de elegancia y pureza de lenguaje en las obras de retórica.

Buen día fué el domingo 9 de Mayo de 1886 para el idioma castellano.

La multitud de forasteros que invaden á Madrid son seguro anuncio de que se acerca la fiesta de San Isidro.

El día 15 iremos á visitar, como es costumbre en todo madrileño neto, la ermita en que se venera al Santo Patrón de Madrid, que se animará como por sobrenatural encanto con la masa vistosa de las ropas multicolores de los concurrentes, se alfombrará con sus limosnas y la llenará con el eco de su alegría bulliciosa.

En el punto más alto que domina la pradera descuellla la modesta ermita, prestando su sombra á un cementerio.

¡Singular contraste!

¡Allí los muertos, durmiendo silenciosos en el mismo sitio en el cual daban al viento sus cantos de alegría; aquí los vivos, bailando sobre el polvo de sus antepasados, sin consagrar un recuerdo á la brevedad de su existencia, y en medio la religión, que presta á

los unos reposo y á los otros consuelos y esperanzas! Quien no haya contemplado la pintoresca romería de San Isidro desde el montecillo en donde se halla situada la ermita, no puede formarse una idea exacta del animado cuadro que presenta.

La pradera está cubierta de una muchedumbre inmensa, que va, viene y se agita; trajes de todos colores, carruajes de todas dimensiones, desde el más elegante hasta la gráfica tartana, hombres y mujeres, ancianos y niños, aristócratas y obreros, se ven allí mezclados y confundidos. Allí se borran las categorías sociales, y el rico y el pobre fraternizan entre sí para tributar un piadoso homenaje á la humildad cristiana, perfectamente simbolizada en el santo labrador, que, como Jesucristo, supo predicar con el ejemplo.

A un lado y otro del camino multitud de tiendas abundantes, coronadas de vistosas banderolas, en donde los vendedores pregonan su mercancía con aquellos graciosos dichos, llenos de epigramático gracejo, que sólo se ocurren á las imaginaciones españolas.

Aquí y allá, sentadas sobre la húmeda hierba, se ven familias enteras que saborean con éxtasis su frugal merienda, mientras en derredor se forman corros de muchachas y muchachos, que bailan alegremente al son de las guitarras de los ciegos.

Y para aumentar el bullicio, prolongadas hileras de carruajes que llegan ó se van; niños que tocan el tambor ó la trompeta; mujeres que chillan, porfian y se atropellan.

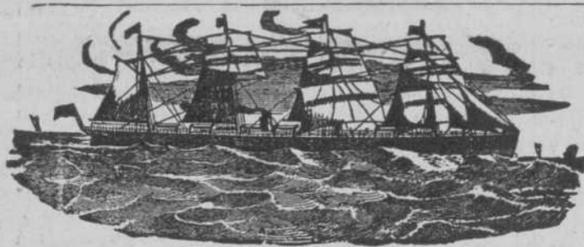
En ese día tan sólo vuelve Madrid algún tanto á sus antiguas costumbres, viéndose algunas manolas de garbo, que han dejado su difraz de allende los Pirineos para lucir su esbelto talle y su diminuto pie.

En vano las elegantes *demi mondaines* levantan nubes de polvo con su vestido largo; en vano los organillos hacen oír sus desacordes sonos; en la romería de San Isidro, Madrid vuelve á ser español, y sólo le alegran sus cantares, sus jotas, sus guitarras.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ULPIANO GÓMEZ Y PÉREZ

ANUNCIOS



SERVICIOS
DE LA
COMPañIA TRASATLANTICA
DE BARCELONA
VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA
con escala y extensión á las Palmas,
Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico.

Salidas trimestrales
De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.
Santander el 20, y Coruña el 1, para Puerto-Rico y Habana.
Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud del Istmo.
El 10, de Cádiz, el vapor *Ciudad Condal*.
El 20, de Santander. *Veracruz*.
El 30, de Cádiz, *Antonio López*.

VAPORES-CORREOS A MANILA
con escalas en
Port-Said, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebú
SALIDAS MENSUALES DE
Liberpool, 15; Coruña, 17; Vigo 18; Cádiz 23; Cartagena, 25
Valencia, 26, y Barcelona 1.º, fijamente de cada mes.
El vapor *San Ignacio de Loyola* saldrá de Barcelona el 1.º de Junio próximo.

Toos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía dá alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.
Para más informes en
Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de *La Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julián Moreno, Alcalá.—Liberpool: Sres. Larinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Iraragorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Málaga: Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

EL PROGRESO EN 1886

SEXTO AÑO DE SU PUBLICACION
La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los seis años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tamaño, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le ha favorecido.
Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distinguen.

LA REFORMA AGRICOLA

Periódico quincenal de intereses materiales.
Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirijan á las Oficinas facultativas de *La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.

BIBLIOTECA ARTÍSTICA

OBRAS PUBLICADAS

Curso completo de declamación, ó enciclopedia de los conocimientos que necesitan adquirir los que se dedican al arte escénico, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un tomo en 4.º de 450 páginas.—Precio 7 pesetas.

Obra premiada con medalla de 1.ª clase en la Exposición Literario-artística de 1885.

Músicos, poetas y actores: colección de estudios crítico-biográficos de los músicos Salinas, Morales, Victoria, Eslava, Ledesma y Masarnau; de los poetas García Gutiérrez, Hartzenbuch y Ayala; de los actores Maíquez, Latorre y Romea, por D. Carlos Guaza y Gómez Talavera y D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un tomo en 4.º de 286 páginas.—Precio 5 pesetas.

Obra premiada con medalla de plata en la Exposición Literario-artística de 1885.

Isaac Albeniz: estudio crítico-biográfico de tan reputado pianista, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un folleto en 8.º—Precio 50 céntimos.

Estas obras se hallan de venta en las oficinas de la BIBLIOTECA ARTÍSTICA, Paseo del Prado, núm. 20, 3.ª, derecha.

OBRAS EN PREPARACION

Indumentaria Teatral. | Estética de la Música.

Galería de Actores Españoles.

DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO
DE EXTREMENOS ILUSTRES

POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas en folio español á dos columnas, buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina solo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupción en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores. Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta de Sol 6 y Car etas 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2, Mrijo, A Icaá y D. Luecadio López, Carmen 13.